



EL BARCO  
DE VAPOR

# Alonso en el país de los incas

Magdalena Ibáñez  
María José Zegers



sm

Ilustraciones  
de Alfredo Cáceres

MAGDALENA IBÁÑEZ VIAL  
MARÍA JOSÉ ZEGERS RUIZ-TAGLE

ALONSO EN EL PAÍS  
DE LOS INCAS

ILUSTRACIONES DE  
CARLOS ROJAS MAFFIOLETTI

EDITORIAL ANDRÉS BELLO

## Capítulo I

### RUMBO A PERÚ



No podía creerlo. Me encontraba con mi padre a bordo de un pequeño barco que navegaba en ese inmenso mar que es el océano Pacífico. Me parecía que habían transcurrido siglos desde mi salida desde España, mi tierra natal, cuando emprendí una verdadera aventura para buscar a mi padre en el Nuevo Mundo.

¡Y lo había hallado!

Estábamos en el mes de julio de 1539 y yo había salido de mi casa en el mes de febrero. Sentía que había concluido con éxito una etapa de mi vida: la búsqueda de mi padre. Ahora iniciaba junto a él una nueva aventura. Nada menos que participar en la conquista de América, en nombre de nuestro emperador, Carlos I.

Estas tierras habían sido descubiertas hacía cuarenta y siete años por Cristóbal Colón, quien tomó posesión de ellas en nombre de los Reyes Católicos, los abuelos del emperador.

Desde entonces, los españoles habíamos conquistado los territorios de Nueva España y del Perú. Incluso algunos conquistadores exploraron las regiones situadas al sur de Perú, pero sin éxito.

Mi padre viajó al Nuevo Mundo en busca de mejor fortuna, ya que en Extremadura, y especialmente en nuestro pueblo de Torremocha, se vivían tiempos muy difíciles. Y yo me encontré con él milagrosamente, según todos me dijeron, en el momento en que se estaba embarcando con destino a Perú. Ahora pienso que realmente fue un milagro encontrarnos en este inmenso continente.

Desde ese instante todo fue tan rápido que todavía me maravillaba verme en la nave, sobre la cubierta, contemplando con mi padre la puesta de sol. Era la primera vez que presenciaba un atardecer sobre el Pacífico.

A mi padre también le costaba convencerse de que estábamos juntos. Me repetía que nunca habría podido imaginar que a los diez años yo era capaz de realizar una hazaña como esa. Pero junto a él, ya me sentía seguro y lleno de optimismo.

—Padre, ¿qué haremos ahora? —le pregunté. Y sin esperar a que me contestara, seguí preguntando—: ¿Cuándo podremos reunirnos con mi madre? ¿Podrá ella venir a América pronto?

—Trataré de que sea lo antes posible, hijo mío, sobre todo ahora que está más sola. Tú y yo la necesitamos aquí —me respondió—. Y respecto a tu primera pregunta —me explicó—, ahora navegamos hacia el puerto de Callao, en Perú. Allí desembarcaremos para dirigirnos hacia nuestro destino final que es la ciudad de Cuzco.

Me quedé pensativo... Perú, Callao, Cuzco... Para mí todo esto era nuevo. Veía a mi padre tan contento de tenerme a su lado y yo tenía tanta confianza en él, que el futuro se me presentaba lleno de esperanzas, pero al mismo tiempo —y eso me gustaba mucho— de misterio.

No sabía casi nada acerca de las tierras hacia las que nos dirigíamos. Volví a lanzar una pregunta tras otra, con gran curiosidad:



—¿Dónde está el Perú? ¿Es cierto que es tan rico como dicen? ¿Cuáles son esas riquezas? ¿Cómo son los indios? ¿Tú conoces a algunos? ¿Son malos? ¿Son muy salvajes?...

Mi padre aprovechó la pausa que hice para respirar; riendo, me interrumpió:

—Calma, Alonso, calma. No puedo contestar tantas preguntas a la vez. A ver, veamos —y con una voz intencionalmente pausada, dijo—: Desde este punto donde estamos ahora, el Perú está bastante más al sur. Allí viven los "incas".

—¿Los incas? —repetí—, es un nombre raro...

—¿Te parece raro? ¡Pues espera a ver el idioma que hablan! —exclamó—. A ver... ¿qué te parecen estos nombres?: Huayna Cápac, Atahualpa, Huáscar o Túpac.

—No sigas, por favor. ¿Voy a tener que aprender esas palabras tan extrañas?

En tono burlón, mi padre respondió:

—Esas son muy fáciles; sólo te he nombrado al rey y a los príncipes.

—Podrían tener nombres más normales, como Felipe o Juan.

Mi padre de pronto cambió la expresión de su rostro y, poniéndose más serio, me dijo unas palabras que se me quedaron muy grabadas en mi mente y en mi corazón:

—Piensa bien, hijo mío: esos nombres que tú dices que son normales, para ellos no lo son. Y quiero que tengas en cuenta una cosa. Vamos a unas tierras nuevas, con costumbres diferentes. Verás cosas que nunca antes imaginaste. Algunas te parecerán buenas y otras te causarán temor, o incluso repugnancia —y mirándome fijamente a los ojos, prosiguió—, pero tú has de tener respeto por las personas y, aunque te cueste a veces, debes recordar siempre que son tus semejantes, y que nosotros podremos enseñarles mucho, pero también tenemos muchas cosas que aprender de ellos.

Los días pasaban y la travesía no era nada de fácil. El barco era muy pequeño y cada rincón estaba ocupado por mercaderías, lo que lo hacía avanzar muy lentamente. Además, pronto comenzaron a escasear los víveres frescos. Para conseguir mejores alimentos, me dediqué a pescar, ocupación que me gustaba mucho y en la que pasaba sus buenas horas.

Un día, en que el mar estaba muy tranquilo, al mirar por la borda vi un animal inmenso, de cuerpo robusto y provisto de un enorme caparazón. Nadaba muy cerca del barco. Jamás había visto nada parecido, así es que, lleno de curiosidad, pregunté a un marinero qué pez era.

—No es un pez, es una tortuga gigante —dijo el hombre—. ¡Pero qué raro me parece encontrarla en este lugar! ¿Sabías que su carne es una de las más deliciosas que existen?

—¿En serio? ¿Es muy difícil cazarla? —le pregunté.

—Bastante, pues hay que matarla por la panza. Su concha es muy dura.

No me dejé intimidar por las palabras del marinero, y apenas éste se alejó, busqué un arpón y lo até fuertemente a un gancho en la cubierta. Con él en la mano y no sin dificultad, me deslicé por una escalera de cuerda hasta el agua.

Cuando estuve cerca de la tortuga, y mientras rezaba para que no se escapara, le clavé con todas mis fuerzas el arpón en la parte blanda de su cuerpo. Cogí la cuerda, y comencé a recogerla para subir mi presa a bordo.

De pronto, sentí un fuerte tirón que casi me hizo caer de cabeza al agua. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaría viva la tortuga? Pero al mirarla, vi unos enormes y horribles dientes clavados en ella. Con espanto advertí que esos dientes salían de una cabeza puntiaguda y negra, cuyos ojos furiosos miraban amenazantes.

Me di cuenta de que estaba luchando con aquel pavoroso animal por la misma presa. Por el forcejeo, la

tortuga se fue desgarrando y el agua se tiñó de un rojo intenso. Asustado ante la desigual pelea, comencé a gritar pidiendo ayuda.

—¡Suelta la cuerda! —me gritó un marinero desde cubierta—. ¡Y sube rápido!

Obedecí sus órdenes lo más aprisa que pude, porque estaba cada vez más asustado. Ya a salvo, observé cómo los marineros habían tomado la cuerda, atada aún sobre cubierta, y luchaban contra aquel pez, tratando de arrebatárle nuestro alimento. Después de un buen rato, lograron recuperar la descuartizada presa.

Me acerqué curioso, para ver los despojos de la pobre tortuga. Entre su carne, encontré un enorme diente incrustado. Lo saqué y, mientras lo observaba, se acercó mi padre y me dijo:

—¡Buena presa has cazado! Pero para la próxima vez, no intentes pelear contra un tiburón. Es muy peligroso.

—¿Un tiburón? —exclamé espantado, recordando cuando, durante la travesía a América, el capitán Álvarez nos había advertido a Pelayo, mi gran amigo, y a mí, sobre los feroces que eran esos animales.

Seguí observando el diente y se lo mostré a mi padre.

—¡No me gustaría nada tenerlo enterrado en mi pierna! Lo voy a guardar como recuerdo —le dije.

Poco después llegamos al final de nuestra travesía por mar.

## Capítulo II

### LA CARAVANA



Estábamos en el puerto del Callao. El frío no disminuyó el entusiasmo que sentía al encontrarme ya en Perú. Por lo demás, no dejaba de ser curioso sentir frío y ver esa densa niebla en pleno mes de julio. Me costaba comprender que las estaciones se encontraban invertidas: en España, mi madre tenía mucho calor, pues

estaba en pleno verano; aquí era invierno. Pero era un invierno suave, mucho más suave que los de mis tierras. No llegaba a calar los huesos.

No tuve mucho tiempo para quedarme pensando. Mi padre tenía mucha prisa por llegar a la ciudad de Cuzco, de manera que apenas desembarcamos las mercaderías, emprendimos esta segunda etapa de nuestro viaje.

Nos integramos en una caravana, ya que, según me contaron, en esos días era muy peligroso hacerlo sin compañía. Mi padre me explicó que los primeros tiempos en el Perú habían sido muy revueltos, no sólo por la lucha contra los incas, sino también por la guerra civil entre los mismos españoles.

—Pero, padre, ¿por qué peleamos entre nosotros? No puedo entender...

—Es lógico que no lo entiendas, Alonso. Eres un niño y es muy difícil que comprendas lo que es la codicia y la ambición de poder, que muchas veces es más fuerte que cualquier otro sentimiento.

—¿Y quiénes lucharon?

—El problema se produjo porque el emperador Carlos I repartió estos dominios entre Francisco Pizarro, a quien le dio las tierras del norte, que llamó Nueva Castilla, y Diego de Almagro, a quien le concedió las del sur o Nueva Toledo, para que ambos las gobernaran en su nombre.

—Pero si cada uno tenía sus tierras, ¿cuál fue el problema?

—Lo que sucedió fue que los límites de ambos territorios no estaban claramente establecidos y comenzaron a disputarse la posesión de la rica ciudad de Cuzco, la misma a la cual ahora nos dirigimos.

—¿Y esto fue hace mucho tiempo?

—No, hace cinco años comenzaron las peleas. Pero hace sólo dos hubo una gran batalla en la llanura de las Salinas, entre las tropas dirigidas por Hernando Pizarro, hermano de Francisco, y el ejército de Almagro, llamado "Los de Chile".

—¿"Los de Chile"?

—Sí, así los llamaban porque Almagro, en 1536, junto a una gran hueste, se dirigió a esos territorios, que se encuentran hacia el sur, en busca de riquezas. Parece que los incas le habían dicho que en esas regiones existían inmensas riquezas. Pero fue un fracaso. No encontraron nada, sólo penurias y sufrimientos.

En medio de esta explicación, mi padre hizo una pausa, y como hablando para sí mismo, dijo:

—Esas tierras quizás no tienen oro. Pero algunos de los que allí estuvieron me han contado que tras un gran

desierto existen tierras fértiles con un clima muy bueno para cosechas y ganado.

Pero yo quería que me siguiera contando esa historia.

—Cuéntame, padre, ¿qué pasó en aquella batalla?

—Fue algo verdaderamente triste y vergonzoso. Cuentan que los indios vieron muy impresionados cómo se mataban entre ellos, precisamente quienes los habían dominado con tanta facilidad y que eran ahora sus señores. Y esto motivó la insurrección de algunos grupos, lo que dura hasta hoy. El grupo más rebelde es el de Manco Inca, que ahora los dirige. A Dios gracias, están casi dominados.

—¿Y quién ganó al final?

—Hernando Pizarro —dijo, y continuó con acento enérgico—: No sabes cuánto me alegra no haber participado en esa batalla. Menos mal que yo no estaba allí, ya que me encontraba junto al gobernador Francisco Pizarro.

No entendí por qué mi padre se alegraba de no haber estado en aquella batalla. ¡Él era tan valiente! Por eso le pregunté con algo de temor:

—Padre, ¿por qué dices que prefieres no haber estado allí?

—Por lo que pasó después. Hernando Pizarro, en una acción muy poco clara y, a mi modo de ver, vergonzosa, condenó a muerte a Almagro, quien además se encontraba enfermo. Lo mandó estrangular en la cárcel y después lo decapitó en la plaza pública de Cuzco.

Al oír esas palabras, me estremecí y comprendí el malestar de mi padre.

—Pero eso no es todo —continuó—. Ahora, un año después de su muerte, los almagristas han jurado vengar la muerte de su capitán. Por eso el ambiente sigue revuelto y es mucho más seguro viajar acompañados.

El camino por donde avanzábamos hacia Cuzco era estrecho y empedrado. El paso de las mulas resonaba

como un monótono cantar. Después de unas horas de marcha, pregunté a mi padre:

—¿Cuándo vamos a descansar? Estoy agotado. Siento mis piernas como piedras.

—Pronto llegaremos a una posada. Los indios las llaman "tambo".

—¿Tambo? —repetí, como lo hacía con todas las palabras nuevas que escuchaba.

—Sí, es una posada inca. Allí podremos descansar y comer algo.

En efecto, un rato después nos encontrábamos en el tambo. Mientras mi padre entraba en la pequeña construcción de piedra, yo permanecí afuera mirando asombrado a un extraño animal, de cuello largo y pequeña cabeza, que pastaba en un corral.

Me acerqué lentamente e intenté acariciar su cuerpo lanudo. El animal escapó asustado. Su trote me pareció muy divertido, ya que mantenía la cabeza erguida y daba la impresión de que sólo sus pies se movían.

Empecé a correr tras él, imitando sus movimientos. De pronto, el animal se detuvo y me lanzó una asquerosa pasta de hierba que tenía en su boca. Tuve tan mala suerte, que me llegó en plena cara.

Mientras, enrabiado, intentaba limpiarme, sentí a mis espaldas unas sonoras carcajadas. Di media vuelta, aún más furioso, y me encontré con un niño indio. Éste, al ver mi cara de enojo, enmudeció y retrocedió unos pasos, con cierto temor.

Durante el trayecto había visto algunos niños incas, pero éste me llamó la atención por su altura y la viveza de su rostro. Estaba cubierto por una manta que dejaba ver sus pies descalzos. El pelo negro le caía sobre el rostro tapando uno de sus ojos.

—¿Y tú, de qué te ríes? —le dije muy enojado.

Al escuchar mis palabras, el muchacho salió corriendo. Fastidiado, entré a la posada en busca de agua para lavarme.

Continuamos viaje a través de un territorio cada vez más montañosos. Como el paso de las mulas era lento, aprovechaba para apartarme un poco de la caravana y explorar por mi parte, pero sin perder de vista a mis compañeros.

En varias ocasiones, mientras vagaba solo, tuve la sensación de ser seguido y observado. Entonces, volvía la cabeza, pero no lograba ver a nadie. En una oportunidad, mientras exploraba una casa en ruinas, tuve nuevamente aquella sensación. Para salir de dudas, di la vuelta a una esquina de la casa y me escondí tras una muralla con un palo en la mano. Sin atreverme a respirar, esperé...

Al poco rato, sentí unos sigilosos pasos que se acercaban. Con el corazón palpitante y haciéndome el valiente a pesar del miedo que tenía, salí de mi escondite para enfrentar al desconocido. ¡Qué sorpresa! Frente a mí estaba el niño que se había reído de mí en el tambo.

—¿Por qué me sigues? —le grité indignado.

El niño me miró y no me contestó.

—¿Entiendes lo que te digo? —le pregunté con tono aún más fastidiado.

—Sí —me dijo, al mismo tiempo que asentía con la cabeza—. Y no te estoy siguiendo. Voy camino a Cuzco.

—¿Vas solo? —le pregunté curioso.

—Sí.

Y dando media vuelta, se alejó.

Su extraña y desconcertante actitud me dejó estupefacto y cuando reaccioné, ya había desaparecido.

Al día siguiente, observé que el niño indio seguía la caravana desde lejos. Cuando lo comenté con mi padre, él me dijo que le parecía bastante raro que un niño anduviera solo, pues los incas, desde antes de nuestra llegada,



acostumbraban vivir en grupos muy vigilados y ahora seguían manteniendo esa costumbre.

—Algo le sucede a ese niño —aseguró mi padre—. ¿Por qué no tratas de averiguarlo?

Decidí hacerlo y, justo cuando tenía la intención de acercarme al niño, grandes piedras se desprendieron de repente de la montaña. Los animales se sobresaltaron y comenzaron a huir despavoridos.

Yo montaba una perezosa mula, la cual, con el ruido de las piedras, pareció despertar de su letargo y comenzó a correr sin control. ¡Si hasta parecía un caballo al galope! Pero fue tal mi estupor, que no pude afirmar las riendas y el animal, desbocado, corrió en dirección a un barranco. Sin poder frenarlo en su carrera despavorida, sólo atiné a soltarme y dejarme caer del animal. Éste se precipitó en el barranco y en un segundo era una masa inerte en el fondo de la garganta rocosa.

Yo quedé colgando, apenas sujeto de unas ramas, al borde del precipicio. Sentí un dolor intenso en el tobillo que me impedía apoyar el pie y dar me impulso para subir hasta la orilla.

Grité pidiendo ayuda, pero, al parecer, nadie me escuchó porque nadie acudió en mi auxilio. Tuve mucho miedo. ¿Cuánto podría resistir colgando de ramas tan débiles?

De pronto sentí que dos manos tomaban fuertemente mis brazos y me tiraban hacia arriba. En ese momento perdí la conciencia. Era tanto el dolor que creo que me desmayé.

Lo primero que recuerdo es que cuando desperté, estaba acostado sobre la hierba. A mi lado, el niño indio me miraba fijamente.

—¿Tú me salvaste? —le pregunté al recordar que alguien me había auxiliado.

No alcanzó a contestarme, pues, al ver que mi padre se acercaba, huyó despavorido.

—Alonso, ¿qué sucedió? —preguntó preocupado—. ¿Estás bien?

—Creo que sí, pero me duele mucho el pie y no me puedo levantar.

Le conté lo que había pasado con mi mula, y cómo me había ayudado el niño indio. Su preocupación, entonces, fue aún mayor.

—Es un milagro que te hayas salvado. No sé cómo le vamos a agradecer a ese niño. Debemos buscarlo.

Me tomó en sus brazos y me llevó hacia donde se encontraban todos los demás viajeros, aún confusos por el repentino suceso.

Me examinó el tobillo y lo vendó, advirtiéndome que no apoyara el pie por unos días.

—¿Dónde se habrá metido el niño que me salvó?

—No tengo idea. Pero me gustaría tanto encontrarlo pronto.

Nos reorganizamos lo más rápidamente que pudimos y reanudamos el viaje.



### Capítulo III

#### CUZCO Y LA ENCOMIENDA DE MI PADRE



La ciudad de Cuzco es imponente e impresionante, y está situada en un valle rodeado de enormes montañas. Sus angostas calles y sus casas estaban hechas de inmensos bloques de piedra.

Llegamos a la plaza principal, que los incas llamaban Huaycapata, un nombre que significaba "Plaza de la alegría". Pero yo entré en ella sin poder evitar un estremecimiento al recordar la espantosa muerte de Diego de Almagro. ¡Qué contradictorio resultaba aquel nombre!

—Quédate aquí un momento, Alonso, vuelvo enseguida —me dijo mi padre mientras se dirigía a entregar las mercaderías que traíamos.

Me senté en una piedra, feliz de poder descansar. Aunque mi pie estaba mucho mejor, a veces me dolía.

Me dediqué entonces a mirar la actividad de la plaza y en esto estaba cuando vi acercarse a mi padre. Atado a una cuerda, traía un gran perro blanco con manchas negras. El animal movía la cola sin parar. Me acerqué.

—¿Es tuyo? —pregunté—. ¡Qué lindo es!

—No, no es mío —me contestó. Pero al ver mi cara de desilusión, agregó—: Es tuyo.

—¿Mío? ¡No puedo creerlo! ¿De verdad es mío?

Mi padre reía al verme tan feliz.

—Gracias, gracias, padre —dije dando saltos de alegría—. ¿Puedo ponerle un nombre?

—Por supuesto, es tuyo.

—Lo llamaré Bartolo.

—¿Bartolo? ¿No te parece muy raro ese nombre para un perro?

—Sí, es un poco raro —le contesté—. Pero, ¿recuerdas que te hablé de mi amigo Pelayo, con quien vine desde España?

—¡Ah, sí! El chico que conociste en tu camino hacia Sevilla y que tanto te ayudó.

—El mismo. Pues él tenía un perro con ese nombre —le expliqué—. Por eso quiero que se llame así.

Ahora éramos tres los que caminábamos por las estrechas calles empedradas. Yo iba muy orgulloso junto a mi padre y a mi hermoso perro.

Al poco rato, mi padre se detuvo ante una casa pequeña. Entramos a una habitación bastante oscura. Dos estrechas ventanas apenas dejaban pasar los rayos del sol.

Mi padre se dirigió rápidamente hacia el hogar y encendió el fuego porque el recinto estaba húmedo y helado.

—¡Qué frío hace! —dije, mirando a mi alrededor—. Pero me gusta.

Por primera vez desde que había salido de mi pueblo, me sentí en mi casa. Mientras nos instalábamos, alguien llamó a la puerta.

—¡Don Francisco! ¿Es usted?

—Sí, don Diego. Adelante. Aquí me tiene y con una gran sorpresa. Le presento a mi hijo Alonso. Tiene diez años y ha viajado solo desde Torremocha, nuestro pueblo



en España, para buscarme. ¡Y nos hemos encontrado en Panamá! ¿No le parece un verdadero milagro? —Y agregé dirigiéndome a mí—: Alonso, don Diego de Alvarado es mi vecino y amigo. Si alguna vez necesitas algo y yo no me encuentro cerca tuyo, no vaciles en acudir a él.

Don Diego me pareció muy simpático y bondadoso. Se quedó un buen rato con nosotros conversando sobre las últimas novedades y sobre España.

Al día siguiente, muy temprano, mi padre fue a ver al gobernador Francisco Pizarro, para darle cuenta de su viaje. Mientras tanto, yo salí con Bartolo a recorrer la ciudad. Mi perro corría y saltaba a mi alrededor y yo me sentía orgulloso de ser su dueño.

Todo en aquel lugar era extraño y me llamaba la atención. Caminé sin rumbo, admirando las grandes construcciones que encontraba a mi paso.

De pronto escuché un grito. Me pareció que provenía de un callejón que salía del lugar donde me encontraba. Curioso, me acerqué en silencio y vi a tres indios que rodeaban amenazantes a un niño. Con gran sorpresa advertí que era el niño inca que me había salvado la vida en el barranco. Vi que temblaba y me di cuenta de que se encontraba en peligro. Decidí actuar.

Me incliné y susurré al oído de Bartolo, con tono enérgico:

—¡Ataca!

Por suerte, el perro pareció comprender, pues no esperó un instante sino que corrió hacia los hombres, ladrando con furia. Los indios, al verlo, huyeron y Bartolo los siguió un buen trecho, alcanzando a morder a uno de ellos en el tobillo.

Me acerqué al muchacho inca que, aterrado, se había refugiado en un rincón.

—No te preocupes, estás a salvo —le dije tratando de calmarlo—. Pero vámonos de aquí, porque esos hombres pueden volver.

Él me siguió cabizbajo, y mirando con desconfianza a Bartolo. Su actitud me llamó la atención, pero de inmediato recordé que mi padre me había contado que los indios, hasta la llegada de los españoles a América, nunca habían visto este tipo de perros, que ladran y atacan.

Lo llevé a mi casa. Al llegar, encendí el fuego y preparé algo de comer.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté con curiosidad.

—Maita —respondió.

—¿Eres de Cuzco?

No me contestó. Permaneció inmóvil, con rostro inexpresivo. Al poco rato, comencé a sentirme inquieto y alterado ante la imposibilidad de comunicarme con él. Con un tono cada vez menos amable, exclamé:

—Tú me salvaste la vida un día. ¡Ahora, te acabo de salvar la vida yo a ti, y tú no dices nada! ¡No te entiendo!

—No soy de Cuzco —contestó al fin, con voz apenas audible.

—¿De dónde eres?

—Del norte.

—¿Y qué haces aquí?

—Busco a un hombre que robó algo a mi padre.

—Pero, ¿qué le robó? —pregunté; y, cansado de tan parco diálogo, agregué—: ¿Dónde está tu padre?

—Tú no vas a entender... Ese hombre le robó su bastón y sin él...

En ese momento, mi padre entró en la casa, llamándome animosamente:

—Alonso, hijo. ¡No sabes lo que he conseguido!

Al ver a Maita se detuvo un instante, y comentó dirigiéndose a él:

—¿No eres tú el que salvó la vida a mi hijo?

—Sí, es él. ¿Pero qué has conseguido, padre? —le interrumpí ansioso de saber cómo le había ido a mi padre

y olvidando momentáneamente el misterio del bastón del padre de Maita.

—Me han asignado una encomienda de indios, al sur de Cuzco. En la primera ocasión que se presente mandaré a decir a tu madre que venga a reunirse con nosotros... ¿Entiendes lo que significa? ¡Por fin nos estableceremos como una verdadera familia!

Me sentí profundamente feliz. ¡Vería pronto a mi madre! No lo podía creer.

Durante el resto del día, estuvimos haciendo planes para el futuro.

Maita se quedó con nosotros durante toda la jornada y, al llegar la noche, mi padre, que no hallaba cómo agradecerle que me hubiera salvado la vida, le dijo que se quedara a dormir en nuestra casa.

Al amanecer, el niño indio ya no estaba. Lamenté no haberle preguntado quién le había enseñado a hablar en nuestro idioma. Pero ahora no tenía tiempo de preocuparme de él, pues durante los siguientes días estuvimos muy afanados organizando el viaje a nuestras tierras.

Antes de partir, mi padre tuvo noticias de que un vecino de Cuzco, don Juan Garay, a quien por suerte conocía, saldría muy pronto hacia Callao para embarcarse rumbo a España. Con él envió entonces un mensaje a mi madre y todas las recomendaciones necesarias para que emprendiera viaje a Perú. Lo más increíble fue que don José tenía parientes en un pueblo cercano al nuestro y que conocía a don Anastasio, el cura de Torremocha. No le sería difícil, pues, hacer llegar el recado a mi madre.



#### Capítulo IV

#### LA HISTORIA DE MAITA

Nuestra encomienda estaba situada en un pequeño valle rodeado de montañas. Las tierras de los alrededores eran pedregosas y empinadas pero en algunas laderas los indios habían construido terrazas de cultivo. La primera vez que las vi quedé impresionado. ¿Cómo habían sido capaces de convertir un cerro tan escarpado en un lugar cultivable?

Me acerqué un poco más para ver cómo las habían hecho. Eran como grandes escalones cavados en las laderas. En ellos se cultivaba diversos productos, aprovechando el plano que se formaba en cada escalón. Estos se encontraban surcados de canales de regadío, lo que lograba fertilizar la tierra.

Cuando llegamos al terreno que se nos había asignado, comenzamos de inmediato la construcción de una casa. Numerosos indios, que formaban parte de nuestra encomienda, fueron destinados por mi padre a esa labor. A los demás se les encargaron las faenas del campo.

Trabajábamos de sol a sol despejando los terrenos para prepararlos para el cultivo. A pesar del optimismo

que caracterizaba a mi padre, lo vi un poco desilusionado porque la tierra era más pobre de lo que parecía. "¿No será más pobre que la de Torremocha?", me preguntaba asustado.

No habían transcurrido todavía dos semanas desde que nos instaláramos en la encomienda, cuando empecé a inquietarme por la suerte que habría podido correr Maita. La verdad era que desde que nos fuimos de Cuzco, yo sentía que no me había preocupado suficientemente de mi amigo. Recordaba que justo él me estaba contando su problema, cuando llegó mi padre con la noticia de la encomienda. Con esta nueva se me había olvidado todo y no me preocupé para nada del pobre Maita. No sólo me había salvado la vida; también había llegado a ser mi amigo y sentía afecto por él. Sabía que tenía obligación de ayudarlo.

—Padre —dije un día, sin poder soportar más mi inquietud—, sé que tengo que ir a buscar a Maita. Él necesitaba mi ayuda cuando nos vinimos a la encomienda. Ahora que ya estamos instalados, ¿me permites regresar a Cuzco para saber en qué está y si ha logrado resolver el problema que tanto lo preocupaba?

Mi padre no puso muy buena cara y alegó bastante: Que yo era sólo un niño... que podría haber peligros... que quizás cuál sería el problema de Maita... que a lo mejor ya estaba solucionado..., pero sobre todo le preocupaba mi edad.

—Eres apenas un niño y no puedes andar solo.

Pero yo tenía un argumento indiscutible. Había viajado solo desde España a buscarlo a él, y lo había encontrado. Estaba seguro de que era capaz de ir solo a Cuzco, que estaba únicamente a un día de distancia, y ver qué era lo que mi amigo necesitaba. Además era un amigo que me había salvado la vida.

Mi padre ya no pudo oponerse. Me dio permiso pero con algunas condiciones. Huacari, uno de los indios con

quien se entendía muy bien, me acompañaría en el trayecto. Me daba tres semanas como máximo para que yo tratara de encontrar a Maita y viera si realmente podía ayudarlo. Cuando se cumpliera ese plazo, Huacari volvería a Cuzco a buscarme para que regresara a la encomienda. Si no encontraba a Maita, debería quedarme cerca de don Diego, y siempre éste debía saber dónde me encontraba. Además, me hizo prometerle que no haría ninguna tontería ni me arriesgaría en aventuras. Yo prometí todo y, un día, de madrugada, inicié con Huacari la marcha hacia Cuzco. Por supuesto, Bartolo era de la partida.

Al entrar a nuestra casa en la ciudad, me llamó la atención verla limpia y ordenada. Durante el camino había pensado varias veces en el trabajo que nos llevaría ponerla en orden, después de tantas semanas de abandono y encierro.

—¿Quién está aquí? —llamé desconcertado y le dije a Huacari—: Algún intruso tiene que estar ocupando nuestra casa. Creo que debemos estar alerta para ver de quién se trata.

Me incliné y hablé a mi perro Bartolo en la oreja:

—Atento. Avísame si entra alguien, y ataca.

Al poco rato, cuando ya anochecía, mi perro comenzó a inquietarse y dejó escapar algunos gruñidos, aunque bastante leves. La puerta se abrió dejando entrar algo de luz a la oscura habitación. Una pequeña silueta se dibujó en el umbral.

Nos lanzamos sobre el desconocido, que cayó al suelo. Pero, ¡cuál no sería mi sorpresa al ver que era Maita!

—¿Qué haces aquí? —le dije un poco arrepentido por los golpes que le había dado.

—Cuando volví a buscarlos —me explicó, bajando la cabeza—, no encontré a nadie. No tenía dónde ir, y pensé...

—Está bien, quédate. Es más, me alegro de que estés aquí porque justamente he venido a buscarte. Ahora tene-

mos tiempo para que me cuentes tu historia, todo lo que te pasa —le dije, pensando que sin duda Maita necesitaba ayuda.

Después de comer, Huacari se durmió. Yo estaba bastante cansado luego de la larga caminata, pero a la vez sentía mucha curiosidad por conocer el misterio de Maita.

—Algo me hablaste de un bastón —dije, tratando de recordar lo poco que habíamos conversado la última vez que nos vimos—. ¿Qué era eso que tú me ibas a contar...?

—Unos hombres robaron el bastón de mi padre. Él es el curaca de mi pueblo. El bastón es su símbolo de poder.

—Pero, ¿por qué es tan importante? —le pregunté sin entender.

—¿No lo comprendes? El bastón es especial. En el mango hay una flauta cuyo sonido es emblema de autoridad —dijo y, haciendo una pausa, agregó con tristeza—. Cuando se lo robaron, mi padre enfermó de humillación y melancolía, porque con el bastón le arrebataron el poder. ¡Debo recuperarlo antes de que muera!

Sin comprender mucho la historia, traté de animarlo diciéndole que lo ayudaría.

—Pero dime, ¿sabes quién lo robó? —pregunté.

—Un hombre de nuestro pueblo.

—¿Por qué lo hizo?

—El que lo robó quiere ser el curaca, sustituyendo a mi padre. En mi pueblo hay grandes tejedores, y su trabajo es dirigido por el curaca. Si un curaca tiene intenciones de hacerse rico, puede hacerlos trabajar en forma despiadada. Y mi padre ya no puede impedirlo, porque no tiene el bastón.

La historia de Maita me parecía muy misteriosa. No podía creer que todo el poder de una persona se centrara en un bastón.

Los días siguientes fueron de gran actividad. Compramos todos los víveres encargados por mi padre y cumplimos todos sus encargos. Y también visité a don Diego, que me recibió muy amablemente como siempre.

Con todas las provisiones ya reunidas, cuatro días después, muy de madrugada, Huacari emprendió el regreso a la encomienda. Le pedí que informara a mi padre acerca de Maita: que ya lo había encontrado y que trataría de ayudarlo. Y nos despedimos por tres semanas, que era el plazo en que él volvería a buscarme para regresar a la encomienda.

Maita, en esos días, había averiguado que el ladrón se encontraba en los alrededores reclutando gente para formar un pequeño grupo que le ayudara a someter al pueblo y convertirse en curaca.

—Ya he cumplido todos los encargos de mi padre y ahora puedo dedicarme a ayudarte —comuniqué a Maita, a quien se le iluminó el rostro al oírme.

—¿De verdad lo harás? —exclamó.

—Sí. Y tenemos que comenzar de inmediato, pues en tres semanas Huacari volverá a buscarme para regresar junto a mi padre. ¿Dónde crees que podemos encontrar a ese sinvergüenza?

—Yo creo que debemos ir nuevamente al mercado —dijo.

A pesar de que Maita había estado allí todos los días, pensaba que en algún momento lo encontraría, porque ese lugar era el centro de la ciudad y en él se juntaba mucha gente que iba a comprar o vender las más diversas especies.

Paseamos durante varias horas. Para mí fue además muy entretenido, ya que pude observar muchos de los extraños frutos y animales que se transaban. Todo me llamaba la atención: las aves de increíbles coloridos que chillaban ensordecedoramente, simpáticos monitos que pro-

venían del otro lado de la gran cordillera, y las más diversas frutas que los indios cambiaban a los españoles por objetos y baratijas.

Al atardecer, cuando ya nos disponíamos a regresar a casa sin noticias de los bandidos, la tranquilidad de la plaza se vio repentinamente interrumpida por la entrada estrepitosa de un caballo desbocado. Lo montaba un indio, que cabalgaba sin montura. El hombre se veía asustado y parecía bastante inexperto.

En un momento vi correr a la bestia velozmente hacia nosotros. Miré a mi alrededor buscando donde escapar. Estábamos rodeados de puestos y sólo quedaba libre un abrevadero. Como si hubiéramos sido uno solo, Maita y yo saltamos al medio de la fuente.

Caimos justo en el momento en que el caballo pasaba furioso junto a nosotros. Empapados, miramos a nuestro alrededor. El caballo pasó por encima de varios puestos del mercado, causando un gran alboroto, y, de repente, saltó sobre una carreta. El jinete cayó violentamente al suelo. El animal, sintiéndose más liviano, galopó velozmente fuera de la plaza. Nos acercamos al jinete y vimos que tenía una gran herida en la cabeza y sangraba muchísimo. Pero varias personas se preocuparon del herido y nosotros nos alejamos del lugar.

Como pasaron algunos días y nuestra búsqueda continuaba siendo infructuosa, Maita me dijo:

—Tengo miedo de que esos hombres hayan salido de Cuzco. Ha pasado mucho tiempo y pienso que es mejor que vaya a mi pueblo para ver si ya están allá.

—Tienes razón. Quizás entonces deberemos separarnos.

Acompañé a Maita hasta la salida de la ciudad, para que tomara el camino hacia el norte. Nos despedimos, y sólo había dado unos pasos para regresar a Cuzco, cuando escuché un grito.

—¡Alonso, espera!

Me di vuelta y vi a Maita que corría hacia mí.

—¿Qué pasa? —le pregunté extrañado ante tan repentino cambio.

Maita me tomó del brazo y me llevó tras unos matorrales.

—¡Son ellos! —dijo jadeante señalando con el dedo a unos hombres que conversaban y comían alrededor de una fogata.

—¿Te han visto? —pregunté excitado.

—Estoy casi seguro de que no.

Nos mantuvimos ocultos. Maita me dijo en un susurro:

—Esperaré a que terminen su comida y los seguiré. Ésta es mi oportunidad.

—¿Quieres que vaya contigo? —le pregunté.

Maita me miró y respondió:

—¿Irías?

—Por supuesto. Vine para ayudarte.

—¿De verdad me acompañarías? ¡Sé que te voy a necesitar! Me sentiré mucho más seguro si tú y Bartolo van conmigo —murmuró.

—Lo único que tengo que hacer es ir a avisar a don Diego que salgo contigo hacia el norte, a tu aldea. Prometí a mi padre que no me alejaría de Cuzco sin decirle a don Diego. Pero su casa está muy cerca, así es que creo que, mientras esos bandidos comen, yo voy de una carreta y vuelvo.

Con el mayor sigilo que pude me alejé y cuando, después de explicar a don Diego lo que había decidido, regresé al lado de Maita, éste me dijo:

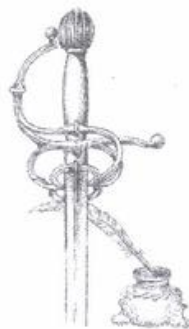
—Estaba asustado de que no regresaras. Mira, están listos para salir. Debemos seguirlos.

Esperamos a que se alejaran un poco y salimos al camino, guardando cierta distancia.



## Capítulo V

### LA HUIDA



Seguimos durante todo ese día al grupo de hombres. La caminata fue larguísima y, además, nos dominaba la inquietud de ser descubiertos. Sin duda esto hizo que por la tarde nos sintiéramos exhaustos.

Fue un alivio cuando los vimos entrar a una casa en ruinas y encender fuego.

Nosotros debimos permanecer afuera, envidiando la fogata y el olor a comida que salía del refugio de los bandidos.

La noche era cada vez más fría y para no congelarnos nos acurrucamos muy cerca uno del otro, entre unas rocas que nos protegían del viento. Bartolo se echó junto a nosotros, dándonos así un poco de calor con su pelaje. Al mismo tiempo, intentamos no pensar en el hambre que teníamos y dedicarnos a planear cómo recuperar el bastón.

—¿Qué crees tú que podemos hacer? —preguntó Maita.

—Esperemos a que ellos se duerman.

—Tienes razón. Cuando estén dormidos, nos acercaremos con cuidado para mirar por la ventana y localizar al usurpador.

—Claro, y después le quitaremos el bastón. Creo que a Bartolo será mejor dejarlo atado aquí para que no nos vaya a delatar con sus ladridos.

Esperamos un buen rato hasta que nos pareció que nadie se movía. Entonces nos acercamos con cuidado, tratando de no hacer ningún ruido con nuestras pisadas para no despertar a los hombres.

A medida que nos aproximábamos, escuchamos cada vez con más nitidez algunos ronquidos de los malhechores, lo que nos tranquilizó. Dormían profundamente y el momento era el más apropiado para actuar. Pero sentí pánico al pensar que tendría que entrar allí.

Estábamos a punto de llegar a la ventana, cuando un agudo chillido rompió el silencio de la noche. Creí que me paralizaría de terror, pero, reaccionando, me tendí en el suelo, al igual que Maita.

Estábamos acostados en la hierba sin atrevernos siquiera a respirar, cuando de pronto apareció una silueta en la puerta de la ruinosa casa. Miró hacia afuera y, volviéndose, dirigió unas palabras a los que estaban adentro, en un idioma que no entendí. Después de un momento lo sentimos acostarse nuevamente.

—¿Qué dijo? —pregunté a Maita en un susurro.

—Que sólo había sido el chillido de un murciélago —y señalando con el dedo hacia el techo, me mostró decenas de esos repugnantes bichos que colgaban de una viga.

Esperamos un rato para estar seguros de que los hombres se hubieran dormido de nuevo. Nos levantamos en el más profundo silencio y nos acercamos a la ventana para mirar hacia adentro.

Los bandidos estaban tendidos junto a las cenizas del fuego. El jefe se encontraba justo al otro extremo de la habitación. ¡Qué mala suerte! Para llegar a él tendríamos que pasar sobre los otros tres. Maita me indicó con señas que me quedara vigilando mientras él entraba.

Vi cómo se deslizaba cautelosamente entre los hombres que dormían, hasta llegar donde estaba su enemigo. Se detuvo un momento frente al morral donde suponíamos estaba guardado el bastón. Lo apartó lentamente con mucho cuidado y revisó su interior. Me hizo señas de que allí estaba.

En el momento en que iba a tomarlo, el ladrón se movió y emitió un gruñido. Maita, empavorecido, agarró el bastón y salió corriendo con gran torpeza y provocando ruido.

Los hombres despertaron y salieron del refugio, pero nosotros ya nos habíamos alejado. Nos dirigimos a toda velocidad al lugar donde habíamos dejado a Bartolo. Al verme, se puso a ladrar y de inmediato pudimos ver que los hombres corrían en dirección a nosotros.

Desaté rápidamente a mi perro y comenzamos a correr perseguidos por los ladrones. Sus gritos de furia nos hacían movernos con más y más velocidad. ¡De verdad estábamos aterrados! Después de un buen rato de carrera y cuando mis piernas estaban a punto de flaquear por el agotamiento, vi un enorme árbol cuyas raíces sobresalían por encima del terreno. Sin pensarlo dos veces, me sumergí como una serpiente por el espacio que quedaba entre las raíces y la tierra. Bartolo me siguió, y como si comprendiera la situación, permaneció en silencio a mi lado.

Con dificultad, a causa de la oscuridad de la noche, busqué a Maita que venía un poco más atrás. De repente me di cuenta de que estaba casi al lado, y que nos buscaba desesperado tratando de ver en la oscuridad. Salí por un instante de mi escondite, le agarré la pierna y lo tiré hacia nosotros. Al principio miró aterrado, pero luego al reconocermelo se introdujo rápidamente bajo las raíces.

A los pocos segundos escuchamos a nuestros perseguidores que se detenían muy cerca del árbol. Yo sólo

rezaba para que Bartolo no emitiera algún ruido que nos delatase, pues si así ocurría, estábamos perdidos.

Miré a Maita, cuyo corazón latía tan fuerte a causa del miedo que podía escucharlo. Le hice un gesto para calmarlo, a lo que me respondió con una forzada sonrisa. Permanecimos inmóviles, como si nos hubieran transformado en estatuas, mientras oíamos lo que ocurría a nuestro alrededor.

Los hombres, desconcertados, iban de un lugar a otro. Su jefe, en un tono de gran enojo, emitía órdenes en su lengua. En un momento, uno de ellos se acercó a nuestro escondite y se sentó sobre las raíces bajo las cuales nos encontrábamos. Pensé que sería nuestro fin, ya que mi perro se movió. Para que no ladrara, le tapé el hocico con una mano y lo acaricié. Gracias a Dios, el hombre no nos oyó. Al rato, se levantó y se alejó. Respiramos aliviados.

La tranquilidad no duró mucho, ya que poco después regresó todo el grupo. Imaginé que habrían decidido esperarnos bajo ese árbol y sólo pensarlo me hizo sentir un agudo dolor de estómago, ya que si no se alejaban, era más que seguro que nos descubrirían.

¡Menos mal que me equivoqué en mis suposiciones! Al poco rato el grupo se alejó. Supuse que volverían a la casa en ruinas donde esperarían el amanecer para proseguir la búsqueda.

Aguardamos inmóviles en el escondite un buen rato, hasta que el silencio de la noche nos aseguró que se habían ido. Entonces Maita me hizo un gesto para que saliéramos, aún sin atreverse a hablar.

Una vez fuera, agradecí a Dios que nos encontráramos a salvo, mientras Maita acariciaba a Bartolo. Luego, algo más tranquilos, decidimos partir de inmediato.

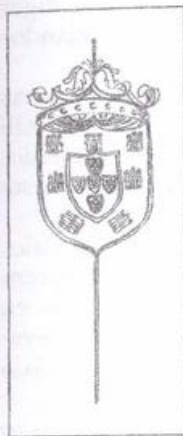
—Tenemos que alejarnos lo más posible de estos hombres —dijo Maita.

—No podemos hacer otra cosa más que irnos, a pesar de que tengo tanto sueño... —repliqué—. Aunque quizás podríamos dormir un rato corto.

—No creo que sea buena idea —dijo Maita—. No olvidemos que ahora que el bastón está en nuestras manos, harán cualquier cosa por encontrarlos.

—Tienes razón —asentí, procurando vencer mi agotamiento.





## Capítulo VI

### PERDIDOS EN MEDIO DE LAS MONTAÑAS

Era una noche sin luna, pero las estrellas iluminaban el camino.

Maita me mostró un grupo de ellas con las cuales podríamos guiarnos para no errar nuestra ruta al norte.

—Mira, ¿ves esas cuatro estrellas? —dijo señalando los astros que estaban sobre nosotros—. Ustedes los españoles las llaman la cruz del sur, por la forma en que están distribuidas.

Busqué con la mirada hacia el cielo, hasta que por fin descubrí esas cuatro estrellas que me mostraba. Era cierto que tenía forma de cruz, pero no me parecía muy perfecta.

—Una de sus puntas muestra siempre el camino hacia mi pueblo —explicó—. Sigámosla y no nos perdemos.

Asentí con la cabeza, no muy convencido de la teoría de Maita.

Caminamos intentando seguir la dirección de las estrellas. No era fácil, ya que el abrupto terreno nos obligaba a subir escarpados montes.

El camino se hacía cada vez más difícil. Me costaba respirar y estaba agotado. Me parecía que mis pies eran de plomo, hasta que llegó un momento en que tuve que parar. No creía poder continuar soportando tanto cansancio y tanta hambre.

—¡No puedo dar un paso más! Busquemos un lugar protegido y paremos a descansar —dije a Maita, dejándome caer sobre el suelo.

Sin embargo, Maita continuó caminando hasta unas rocas y yo, con gran esfuerzo, me levanté y lo seguí. Allí nos tendimos los tres acurrucados, con Bartolo incluido. Debíamos protegernos de un intenso frío que calaba hasta los huesos.

Despertamos cuando el sol estaba muy alto, al calor de sus tibios rayos. Miré a mi alrededor y quedé sorprendido ante la belleza del paisaje. Nos encontramos en una pequeña planicie en medio de altas montañas nevadas. El cielo, de un azul intenso, estaba salpicado de albas nubes sobre las que me pareció que podría acostarme.

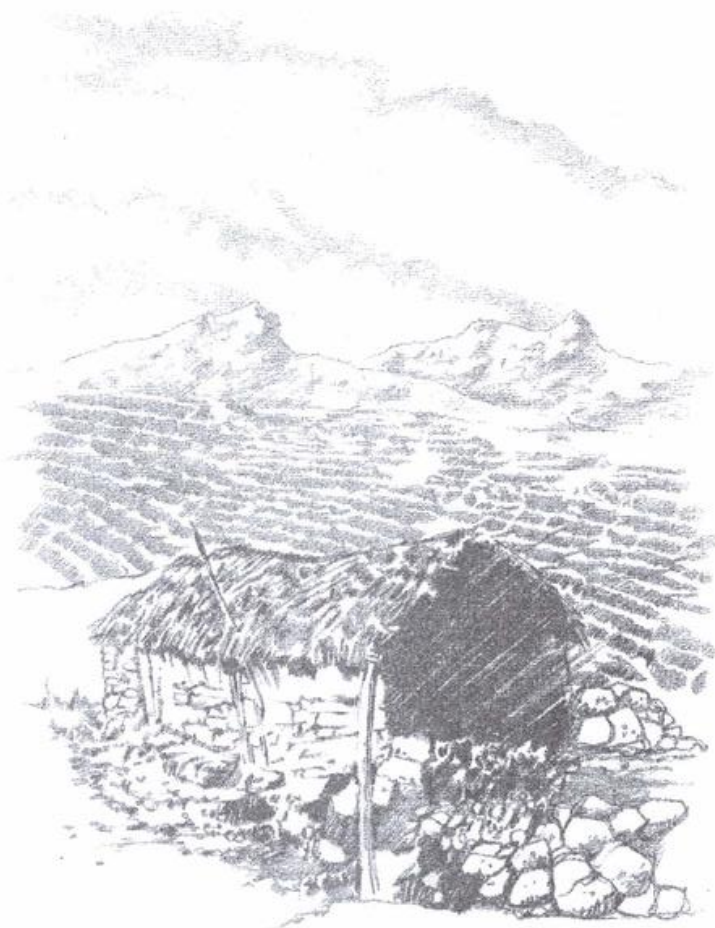
Comprendí la razón de nuestro profundo cansancio de la noche anterior. ¡Cuánto habíamos subido para llegar a ese lugar! Me levanté, y al dar unos pasos, me di cuenta de que se me hacía muy difícil respirar.

—Estoy enfermo, creo que me voy a morir... —dije a Maita, asustado—. ¡No puedo respirar!

—Es la altura —dijo, intentando calmarme—. Es normal lo que te pasa, no te esfuerces demasiado y con el tiempo te acostumbrarás.

Algo más calmado con su explicación, me senté e intenté varias veces respirar profundo. Me sentí aún peor. Terminé por echarme en el suelo y esperar a que se me pasara. A medida que transcurrían las horas fui sintiéndome mejor, pero entonces me invadió un hambre tremenda. Miré a mi alrededor y pregunté a mi amigo:

—¿Qué podemos comer?



—Aquí no hay nada...

Permanecí pensativo imaginando a mi padre en nuestra nueva casa, y me reproché el no estar con él en vez de haber emprendido esta tonta aventura. Iba a decirle a Maita que debíamos partir antes de que nos alcanzaran los bandidos, cuando sentí los ladridos de Bartolo seguidos por un gruñido. Luego sobrevino un silencio.

Me pareció un milagro cuando lo vi aparecer con una liebre en el hocico. Me acerqué dispuesto a arrebatarle su presa. Fue un forcejeo difícil, ya que ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. Incluso me arriesgué a ser mordido, pero nada me importaba, sólo quería comer.

Le grité a Maita que intentara atar al perro. Él corrió y le pasó la soga por el cuello, amarrándolo a un arbusto. Asamos la liebre cuando logramos hacer fuego con unas miserables ramas. Su carne estaba deliciosa. A pesar de ello, no la pudimos disfrutar totalmente por los furiosos gruñidos de Bartolo. Pero le dejamos algo de carne y todos los huesos. Los lamió con ansiedad y pareció calmarse su razonable rabia hacia nosotros.

Después de saciar en parte nuestro apetito, abrimos los ojos a la realidad: ¡Estábamos perdidos!

—¿Qué podemos hacer? —pregunté molesto a Maita, culpándolo por verme envuelto en esta odiosa situación.

—Debemos descender y buscar un valle. Desde allí seguiremos avanzando siempre hacia el norte —me contestó intentando demostrar seguridad.

Caminamos durante varias horas. Me pareció que no avanzábamos nada. El terreno era difícil y yo me sentía constantemente mareado por la altura. A cada momento teníamos que desviarnos por las enormes rocas que obstruían nuestro camino, lo que significaba subir y bajar en forma continua.

—No saldremos nunca de estas montañas... —dije agobiado—. ¿Qué pasará si no encontramos el camino?

—Si seguimos bajando, llegaremos de todas maneras a un lugar donde haya gente. Estos territorios son más poblados de lo que te imaginas —me contestó Maita, intentando ser optimista.

Seguimos nuestra ruta, que interrumpimos sólo para recolectar algunas hierbas que Maita conocía y sabía que podíamos comer y con ellas calmábamos el hambre.

Pero al atardecer seguíamos perdidos, sin hallar ninguno de esos poblados de que hablaba Maita. Sólo encontramos una cueva, en la que pasamos una noche horrible. Teníamos hambre, hacía un intenso frío y estábamos desesperados por la incertidumbre. No habíamos visto a ningún ser humano.

La mañana llegó fría y gris, al igual que nuestro ánimo. Muy deprimidos, emprendimos nuevamente la marcha. Pero poco después del mediodía, Maita anunció jubiloso:

—¡Mira, es un sendero!

Dirigí la vista hacia el lugar que señalaba y vi una pequeña huella. ¡Por fin teníamos una esperanza! Seguimos la senda durante toda la tarde sin encontrar a nadie. Nuestro optimismo se transformaba poco a poco en un nuevo y amargo pesimismo.

No nos detuvimos cuando llegó la noche. Como el cielo estaba despejado, sin nubes, la luz de la luna alumbraba el sendero.



## Capítulo VII

### HACIA EL PUEBLO DE MAITA

La noche avanzó y nosotros continuábamos caminando. Bartolo, que iba unos pasos a nuestra delantera, comenzó a ladrar. Me acerqué con cuidado. ¿Qué habría encontrado?

—¡Maita!, ¡Maita! ¡Es un pueblo! —grité como loco, llamando a Maita, que caminaba algo rezagado.

Él corrió y no se detuvo al pasar a mi lado. Sólo me dijo:

—¡Corre! ¡De prisa!

Lo seguí, olvidando mi cansancio, y corrimos hasta llegar a las primeras viviendas, unas sencillas casas de piedra. Ansiosamente tocamos una puerta, pero nadie nos abrió. Maita insistió nervioso, y finalmente un hombre apareció en el umbral. Habló con él en su idioma. Las respuestas del hombre sonaban desconfiadas. Por fin, nos permitió entrar, pero debimos dejar fuera a Bartolo.

Rápidamente, y olvidando por un momento que éramos extraños, nos acercamos a la fogata para calentarnos. Con bastante poca amabilidad, una mujer nos ofreció unas tortillas de maíz, que devoramos. Cuando terminamos de

comer, nos dieron unas mantas y el hombre nos llevó a una especie de granero. Allí, entre las mazorcas, nos acostamos. No alcancé a poner la cabeza en el suelo cuando me dormí profundamente.

A la mañana siguiente, me desperté con la sensación de que alguien me observaba. Por un momento temí que los bandidos nos hubieran encontrado, pero cuando miré a mi alrededor, vi varios rostros de niños que me contemplaban con mucha curiosidad desde cierta distancia.

Maita despertó, y con una sonrisa me explicó que eran los niños del caserío, impresionados, porque nunca antes habían visto un español. ¡Qué diferente y qué extraño les resultaba! Mi rostro blanco, mis ropas... Todo les llamaba la atención.

Nos dirigimos a la casa del hombre y la mujer que nos habían ayudado, seguidos de una larga hilera de niños. El hombre nos acogió con más confianza que la noche anterior, escuchó a Maita y luego le indicó el camino que debía seguir. Estaba tan agradecido que le di mi navaja. Él, a cambio, nos ofreció comida y mantas.

Una vez provistos de lo necesario, reemprendimos la marcha, pero esta vez más seguros. Seguimos un camino empedrado, interrumpido a cada trecho por escalones que cubrían los terrenos empinados. Esta nueva vía me pareció verdaderamente impresionante. Me sentía admirado e intrigado al ver tales construcciones en parajes tan aislados.

—¿Cómo han podido construir estos caminos en estos terrenos tan difíciles?

—Nuestro pueblo, antes de que llegaran ustedes, dominaba grandes territorios, y era muy importante mantenerlos bien comunicados —contestó.

—Me imagino que para ti y para tu pueblo tiene que haber sido muy terrible que nosotros hayamos venido a instalarnos aquí... —le dije, atreviéndome por primera vez

a tocar un tema que me parecía bastante difícil, sobre todo ahora, que éramos amigos.

—Bueno, antes mi padre era muy poderoso. Su único jefe era el rey Atahualpa. Pero, como lo mataron, él siente que tiene que mantener unida a nuestra gente.

—¡Ah! ¡Qué terrible fue eso que pasó! Mi padre me contó lo que había sucedido, y me dijo que jamás se debió haber dado muerte a Atahualpa, sobre todo que él había cumplido su trato —le contesté. Me sentía muy incómodo hablando de este tema con Maita.

—Sí. Así fue. A mí también me han contado que los emisarios del rey se encargaron de buscar el oro y la plata para llenar las habitaciones, tal como se había convenido con el gobernador Pizarro, a cambio de obtener la libertad de Atahualpa.

—Me da mucha vergüenza lo que me cuentas. Mi padre también me ha contado que algunos españoles han venido hasta aquí sólo a enriquecerse. Pero te puedo asegurar que muchos otros hemos llegado con aspiraciones más nobles.

En ese momento, el camino se estrechó bastante. Por un lado se elevaba una empinada montaña y por el otro había un profundo precipicio, al fondo del cual podía verse un hilillo de agua.

Sentí un gran vértigo y comencé a caminar con sumo cuidado, vigilando cada paso para ver dónde ponía los pies, y evitando mirar hacia abajo. Y así seguimos hasta llegar a un lugar donde la ruta se veía interrumpida por un puente de troncos. Miré a Maita que caminaba detrás de mí.

—¡Yo no paso! —le dije, decidido.

—Tenemos que hacerlo, es el único camino. Y te aseguro que no es peligroso. Deja que yo lo haga primero.

Me hice a un lado pegándome a la pared rocosa y Maita cruzó llevando con él a Bartolo. Tuve que armarme



de valor, y pensé que lo mejor sería atravesar a gatas. ¡Pero fue mucho peor! Por entre los maderos del puente yo veía el fondo del precipicio... Y no podía dominar mi vértigo. Creía que no iba a llegar nunca al otro lado. Cuando por fin me vi junto a Maita y a mi perro, sudaba y temblaba. Me costó ponerme de pie, y siempre tembloroso proseguí el camino.

Esa noche dormimos en un tambo abandonado.

Al día siguiente, la ruta se hizo más liviana porque íbamos descendiendo. Al atardecer, encontramos un remanso en el torrentoso río que bordeábamos. Al verlo, Maita corrió entusiasmado a la orilla.

—¡Nos podemos bañar! ¡Ven! —exclamó, mientras se sacaba la ropa.

Lo miré espantado. ¡Bañarse con ese frío! ¡Estaba loco!

—¡Por nada en el mundo! Hace frío y además me bañé en Cuzco —le dije.

Mientras nadaba con gran entusiasmo, Maita gritó para hacerse oír sobre el ruido del agua:

—¡Está deliciosa!

Al rato, salió del río y se secó vigorosamente con la manta. Cuando estuvo vestido, me dijo:

—Qué bueno estar limpio nuevamente. Ya estaba desesperado con la suciedad.

“Qué extrañas costumbres tienen los incas”, pensé. “¿A qué persona en su sano juicio se le podría ocurrir bañarse en aguas tan frías? Sólo a un loco. Además, ¿por qué iba a estar tan sucio?”

Esa noche nos instalamos al aire libre. Encendimos una buena fogata, comimos nuestras provisiones, y nos dormimos. Pero al poco rato, cuando aún había brasas encendidas en nuestra fogata, desperté sobresaltado y escuché nítidamente un gruñido muy cerca de nosotros. Desperté a Maita de inmediato.

—¡Despierta! —le dije mientras lo remecía—. Hay algún animal cerca de aquí.

Vino un segundo gruñido.

—¡Es un puma! —dijo Maita, y, poniéndose de pie, comenzó a recoger todos los palos que encontró a nuestro alrededor—. ¡Ayúdame —me dijo—, tenemos que hacer una gran fogata para ahuyentarlo!

Gracias a que la fogata no se había apagado totalmente, al poco rato teníamos una gran hoguera. Nos sentamos muy cerca de ella y permanecemos alerta y avivando el fuego. Casi no dormimos. Sólo cuando comenzó a clarear y no habíamos tenido señas del animal durante varias horas, pudimos descansar.

Cuando despertamos, proseguimos nuestro camino. Poco a poco Maita se fue entusiasmando cada vez más, ya que iba reconociendo el paisaje.

Al atardecer divisamos las casas del pueblo.



Capítulo VIII

PRISIONEROS EN CHAVÍN



Al reconocer su aldea, Maita quiso echar a correr.

—¡Date prisa, que quiero ver a mi padre!  
—exclamó feliz.

Lo tomé del brazo, y seriamente le dije:

—Maita, comprendo que quieras llegar pronto a tu casa, pero...

—Pero ¿qué? No te das cuenta de que hemos tardado cuatro días en llegar. Necesito saber cómo está mi padre.

—Por eso mismo —intenté explicarle—; piensa que en estos cuatro días, los usurpadores pueden haber llegado, y si es así...

Maita me miró, y sentándose en una roca, me dijo con tristeza, aunque resignado:

—Tienes razón. Tendremos que esperar a que oscurezca.

Y aunque no faltaba mucho para que llegara la noche, la espera se nos hizo eterna.

Al fin, cuando las tinieblas nos rodearon, emprendimos la marcha, lo más silenciosamente que podíamos. Con claridad y firmeza advertí a mi obediente Bartolo que

no podía ladrar. Para asegurarme, lo llevaba cogido de una cuerda alrededor del cuello.

La aldea no tenía más de veinte casas. Al llegar a la primera de ellas, nos pegamos a sus muros y avanzamos entre las sombras hasta llegar a la casa de Maita.

A través de la ventana, y gracias al resplandor del fuego pudimos ver a una mujer que, sentada en el suelo, lloraba quedamente. Como se encontraba sola, entramos. Maita corrió hacia ella y le habló con cariño. Comprendí que era su madre, aunque no entendí ni una palabra de lo que se dijeron. Pero durante la conversación, el rostro de mi amigo fue poniéndose rojo de ira. La mujer parecía cada vez más desconsolada.

—¿Qué sucede? ¿Le pasa algo a tu padre? —me atreví a preguntar a Maita, al cabo de un rato.

—Lo tienen prisionero —me respondió Maita, con un gesto de amargura, pero con voz airada—. Han convencido al pueblo de que no es capaz de gobernar, porque no tiene el bastón. ¡Esos traidores me la van a pagar!

—¡Sí, hay que rescatarlo y hacer que el pueblo lo vuelva a respetar. Pero... ¿habla castellano tu madre? Tenemos que preguntarle dónde lo tienen preso.

—No —me respondió—. Aquí nadie habla tu lengua. Pero ya me dijo dónde está mi padre: en Chavín, un lugar muy cercano. En él hay pirámides y un antiguo templo con muchos laberintos en su interior.

—Vamos inmediatamente para allá. No hay tiempo que perder —dije, mientras pensaba dónde habría aprendido Maita a hablar tan bien el castellano.

Mi amigo se dirigió a un rincón de la casa y levantó una piedra, escondió el bastón en un pequeño agujero, y colocó nuevamente la piedra en su lugar. Después habló a su madre. Me pareció que se despedía de ella, pues de inmediato me hizo señas para que partiéramos. Tomó un

par de antorchas y un garrote de madera y salimos de la casa, para dirigirnos de inmediato a Chavín.

Al cabo de un rato nos encontrábamos allí. Iluminados por la luz de la luna pude ver unos edificios de piedra que me impresionaron por su grandeza. El templo sobresalía de las demás construcciones.

Como no conocíamos el interior de las construcciones, nos era imposible trazar ningún plan para el rescate del padre de mi amigo. Decidimos entrar y comenzar la búsqueda al azar.

Una vez dentro del templo, nos vimos en medio de un laberinto de pasadizos oscuros. Con algo de angustia pensé que nuestra misión de rescate sería más difícil de lo esperado. Parecía tan fácil perderse en ese lugar, que decidimos señalar nuestro camino a medida que avanzábamos. Apagamos una de las antorchas y con su mecha ennegrecida fuimos marcando las paredes de los túneles por los cuales transitábamos. De esa forma sabríamos cómo regresar a la entrada.

Bartolo, que iba junto a mí, comenzó de pronto a gruñir furiosamente. "¿Qué le pasará?" —me preguntaba, cuando antes de que pudiéramos darnos cuenta, sentí que unas fuertes manos me agarraban violentamente por los hombros y me empujaban contra la pared. Otro hombre muy fornido se encargó de Maita. Bartolo intentó morder a nuestros agresores, pero cuando vi que sacaban unas navajas, le grité:

—¡Bartolo, corre, escapa!

El animal pareció entender de inmediato porque salió disparado y desapareció por un oscuro corredor.

Los hombres, a empujones, nos llevaron a una pequeña cámara. En un rincón, sentado en el suelo y atado, se hallaba un hombre con cara de enfermo. Al escuchar que alguien entraba, levantó la vista lentamente. Por su cara de sorpresa y la de Maita, supuse que padre e hijo se habían

encontrado. Pero ambos permanecieron silenciosos hasta que los hombres, tras atarnos fuertemente, abandonaron el lúgubre lugar, dejándonos en la más absoluta oscuridad.

De inmediato, Maita y su padre comenzaron a conversar. Yo intenté desatarme, pero con el forcejeo sólo logré que las cuerdas hirieran mis muñecas y tobillos.

El tiempo pasaba lentamente. Comencé a dormitar, a pesar de lo incómodo que me encontraba. Entre sueños, sentí que algo húmedo me rozaba el cuello. Desperté sobresaltado y percibí a mi lado la familiar presencia de mi perro.

—¡Bartolo! ¡Qué maravilla! ¿Cómo has llegado aquí? —le pregunté emocionado, como si fuera realmente un ser humano.

—¿Qué pasa? —dijo Maita, que no veía nada a causa de la oscuridad.

—Es mi perro que está aquí —respondí; y, dándome vuelta para acercar mis manos atadas a la boca del animal, dije—: Bartolo, muerde las cuerdas.

En un principio, pareció no entender, y pensando que se trataba de un juego, me lamió las manos, al tiempo que saltaba a mi alrededor. Le repetí la orden varias veces y al fin, quizás al ver que no me podía mover, mi noble perro comenzó a roer la cuerda. Yo seguí animándolo para que no se detuviera.

—¡Bien, Bartolo! ¡Bravo! Sigue así.

A pesar de que no era su intención, Bartolo me clavó varias veces sus afilados colmillos en las muñecas, que ya estaban bastante lastimadas por la cuerda. Pero antes de lo que podría haber esperado, me vi libre. Me desaté los pies que estaban fuertemente amarrados y luego liberé a Maita y a su padre.

Tal como nos había encontrado con su olfato prodigioso, Bartolo nos guió a través de oscuros pasadizos hasta encontrar la salida.

## Capítulo IX

### EL TRIUNFO DEL CURACA



Aún no había amanecido cuando salimos de aquel templo.

Sigilosamente, alertas a cualquier ruido y siempre vigilando la posible aparición de nuestros enemigos, nos acercamos al pueblo de Maita.

—Escóndanse entre estos matorrales. Aquí estarán seguros mientras yo voy por el

bastón —dijo Maita, y, dirigiéndose a mí, suplicó—: Por favor, Alonso, cuida a mi padre.

—Así lo haré, no te preocupes. Pero si no regresas antes del amanecer, iré a buscarte.

Mi amigo me hizo un gesto despreocupado, como diciéndome que no tenía nada que temer y desapareció en la oscuridad.

Me quedé bastante inquieto. Al mirar al padre de Maita, vi que en su rostro también había angustia. Me sentí impotente al no poder dirigirle ni siquiera unas palabras tranquilizadoras.

Pero no había pasado mucho tiempo cuando Maita regresó con aire triunfante, llevando en su mano el valioso bastón. Su padre, al verlo, quedó mudo de impresión,

aunque de inmediato pareció como si la vida volviera a él con toda su fuerza. Creo que se rejuveneció en un instante. Su figura parecía elevarse cuando, lleno de orgullo, se puso de pie para ir junto a su hijo. Lo miró intensamente y después tomó su bastón.

Pasado un momento, Maita comentó:

—En la aldea, todo está tranquilo. Esos traidores están seguros de que seguimos prisioneros. Alcancé a verlos bebiendo despreocupados en una de las casas. —Y abriendo una bolsa, agregó—: ¡Mira lo que traje!

Y una gruesa capa de vivos colores, unos aros de plata y varios turbantes tejidos fueron saliendo del morral de Maita. Como no comprendí para qué era todo eso, él me explicó:

—Son las vestimentas ceremoniales, y mi padre debe ataviarse con ellas para presentarse ante el pueblo, como un verdadero curaca, con su bastón.

A medida que lo ayudábamos a vestir sus ropajes, el padre de Maita fue transformándose. Su figura parecía engrandecerse y su rostro se mostraba joven y poderoso. Recordé que cuando Maita me hablaba de la humillación que sintió su padre al serle robado su bastón de mando, yo pensaba que era absurdo que creyeran que el poder estaba en un bastón. Pero en el momento en que lo volvió a tener en sus manos, lo vi adquirir la prestancia de un rey. Con el bastón y con sus vestidos recuperó toda su dignidad y señorío. ¡Ahora sí parecía un verdadero jefe!

Un poco antes del amanecer, nos dirigimos a la plaza del pueblo. Silenciosamente, el padre de Maita se situó en el centro. Apenas asomó el sol entre las montañas, el lugar empezó a adquirir movimiento. Hombres, mujeres y niños, comenzaron a salir tranquilamente de las casas, pero en cuanto vieron a su curaca, se congregaron alrededor de él, mientras algunos corrían a llamar a los demás. Y cuando ya se había reunido un buen número de perso-



nas, el padre de Maita pronunció un acalorado discurso, que finalizó con un gran griterío de aprobación. ¡Cómo sentía yo no entender nada de lo que decía el curaca!

Maita no había despegado los ojos de su padre y, cuando terminó de hablar, me dijo lleno de orgullo:

—Alonso, ahora todos lo apoyan. Mi padre ha pedido al pueblo que lo ayude a vencer a los usurpadores.

En ese momento, todo el pueblo se dirigió hacia la casa donde se encontraban los malhechores. Desde la noche anterior, éstos bebían chicha de maíz para festejar su victoria... Estaban tan borrachos que no fue difícil apresarlos.

Ese día fue de fiesta para el pueblo de Maita. Entre todos prepararon los festejos, y cuando cayó la tarde, comenzó la celebración.

Bailes, danzas y música muy animada comenzó a resonar en la plaza y a invadir todo el pueblo. Un grupo de mujeres, especialmente ataviadas, tocaban pequeños tambores hechos de troncos vacíos cubiertos de piel de llama. Me llamaron la atención unas flautas que tocaban los hombres.

—¿De qué son esas flautas? —pregunté a Maita, señalando los extraños instrumentos—. Parecen de hueso.

—Sí. Están hechas de osamentas de un animal muy feroz llamado jaguar —me explicó y, algo tímidamente, quizás porque presentaba mi reacción, prosiguió—: Otras se hacen con huesos de pierna humana.

—¿De hombres? —exclamé sin poder esconder mi repugnancia. ¡Qué horror! Iba a decir que eso me parecía indignante y salvaje, pero recordando lo que mi padre me había dicho acerca del respeto, preferí quedarme callado para no ofenderlo.

Nuestra conversación se vio interrumpida por la entrada de un animado grupo de danzarines a la plaza, que cubrían sus rostros con enormes máscaras que representa-

ban animales. Al mismo tiempo las mujeres comenzaron a repartir una bebida.

—¡Qué buena está! ¡Me moría de sed! —comenté a mi amigo al momento que tomaba con ansiedad un cuenco lleno.

—Ten cuidado, porque estás bebiendo chicha.

Entonces no comprendí su comentario, pero sí unas horas más tarde, cuando había bebido varios cuencos. ¡Nunca antes me había sentido tan mal! Mi cabeza daba vueltas y mi estómago parecía bailar. Los gritos y la música parecían agudizar el intenso malestar que sentía.

Me tumbé en un rincón y me quedé dormido.

El intenso frío me despertó a la mañana siguiente. Sin saber dónde estaba y con un gran dolor de cabeza, miré a mi alrededor. En la plaza, desparramados por todas partes, dormían los hombres después de la fiesta.

Con pasos inseguros, logré llegar a la casa de Maita. Allí encontré a su madre. Ella me dio un caldo caliente que pronto me reanimó y despejó mi pobre cabeza. No había terminado aún el brebaje, cuando llegó mi amigo.

—¿Dónde estabas? —le pregunté.

—En la plaza —me contestó.

Miró a su madre y comenzó a hablarle. Por su cara, supuse que estaba disculpándose por haber bebido tanto.

—Nosotros acostumbramos beber mucho en las fiestas —me explicó mientras tomaba caldo, y bajando la cabeza, como si estuviera algo avergonzado, prosiguió—: Siento no haberte advertido de lo que podía suceder.

—No te preocupes. He aprendido que no volveré a tomar eso nunca más.

—Yo tampoco lo haré. Ésta fue mi primera y última vez.

Con este firme propósito, volvimos a acostarnos, esta vez más cómodos en el interior de la casa. Dormimos muchas horas.

Al día siguiente, estaba totalmente repuesto y decidido a emprender el camino de regreso para reunirme con mi padre. Había perdido un poco la noción de los días transcurridos y tenía miedo de que Huacari ya estuviera en Cuzco, o que mi padre se inquietara al no saber de mí.

Maita y otros jóvenes del pueblo me acompañaron en mi viaje, pues el curaca no quiso que volviera solo. Cuando se despidió de mí, me di cuenta de que quería expresarme su gratitud, a pesar de que no entendí ni una palabra de las que él me dijo. Luego me estrechó la mano y fijó largamente en mí sus expresivos ojos. También me habló la madre de Maita. Éste me tradujo las hermosas palabras con que ambos me daban las gracias.

Cargado con sabrosos alimentos, preparados por la madre de mi amigo y provisto de una maravillosa y caliente manta de alpaca, regalo del curaca, me alejé con mis compañeros por el camino en dirección al sur. Fueron varios días de viaje.

Entonces, en medio de una conversación con Maita, le pregunté aquello que tanto me intrigaba: ¿Por qué él era el único de su pueblo que hablaba castellano? Y además, lo hablaba muy bien.

—Viví dos años junto a una de esas personas que ustedes llaman misioneros. Se llamaba padre Rodrigo y era muy bueno. Él llegó un día a nuestro pueblo, estuvo un tiempo con nosotros, nos enseñó muchas cosas, porque él había aprendido nuestra lengua y con nosotros aprendió mucho más, pues siempre nos preguntaba. Cuando se fue, pidió a mis padres que me permitieran ir con él. Así, de a poco, mientras lo guiaba de pueblo en pueblo, comencé a hablar tu lengua.

Durante todo el camino conversamos y casi no me di cuenta cuando ya habíamos llegado al final. Al divisar Cuzco nos detuvimos: era el momento de la despedida. Sentí separarme de Maita.

—¡Adiós, Maita! —le dije—. Si vienes algún día a Cuzco o pasas cerca de la encomienda de mi padre, no dejes de visitarme.

—Adiós, amigo, y gracias de nuevo. Sé que mi padre nunca habría vuelto a ser curaca sin ti.





## Capítulo X

### NUEVAMENTE EN LA ENCOMIENDA

Pocos días después me encontraba nuevamente en la encomienda junto a mi padre. Le conté la historia de Maita y todas las peripecias que habíamos pasado hasta que logramos liberar al padre de mi amigo. Mi padre se impresionó muchísimo, más bien dicho se sintió espantado y muy alterado ante los peligros que había corrido y trataba de que le prometiera que nunca más volvería a comprometerme en un problema semejante. Al fin se calmó y dijo:

—¡Gracias a Dios has regresado sano y salvo! Pero no vuelvas a hacer una gracia como ésta.

El tiempo fue pasando y, a pesar de que los trabajos de cada jornada eran quizás parecidos y monótonos, no había día en que no conociera algo nuevo, aprendiera una palabra diferente del quechua, o hiciera un nuevo amigo entre los niños indios. Al principio, no nos fue fácil entablar amistad, pues creo que de ambas partes nos mirábamos con un poco de temor. Pero al cabo de un tiempo, en cuanto concluía las tareas que mi padre me había encomendado para ese día, yo par-



tía con un buen grupo de muchachos a correr por los campos.

Un día quise ir mucho más lejos y pedí permiso a mi padre. Accedió, pero siempre que fuera con Huacari. Salimos temprano, llevando a Bartolo que, con sus brincos alrededor nuestro, apenas nos dejaba caminar.

Subimos montañas durante todo el día. El paisaje era maravilloso e imponente. En un momento de nuestra excursión, luego de subir una escarpada colina, el perro se perdió de vista. Lo llamamos a gritos y al rato escuchamos sus ladridos en la lejanía. Nos acercamos hacia una cueva desde donde parecían provenir los ladridos.

—No entres ahí —me dijo Huacari con voz temerosa—, puede ser peligroso.

—Es sólo una cueva, espérame aquí y yo iré por mi perro.

—No, no te dejaré solo —dijo, siguiéndome hacia la oscura abertura.

Los ladridos de Bartolo retumbaban en las estrechas paredes. De pronto, sentí un roce suave y húmedo en la cara y un extraño cosquilleo en las piernas.

—¿Qué es esto? —exclamé asustado.

Avancé unos pocos pasos más y de pronto, como abriéndose paso en medio de la oscuridad, una tenue luz penetró por una grieta. Esto me dejó ver unos extraños bichos que caminaban por el suelo y las paredes y comenzaban a encaramarse por mi cuerpo.

—¡Son arañas! —grité despavorido mientras corría torpemente hacia la salida de la cueva.

Una vez fuera, me revolqué en la hierba intentando quitarme los bichos de mi cuerpo y ayudado por Huacari me liberé de las pegajosas telas de araña que cubrían mi cara. Cuando me tranquilicé, me acordé de Bartolo. Huacari se acercó a la boca de la cueva y comenzó a llamarlo. No nos atrevíamos a entrar de nuevo.

Después de un rato, lo vimos salir con unas plumas de colores en la boca.

—¿De dónde sacaste eso? —dije tomándolas.

Me di cuenta de que eran muy viejas porque al tocarlas se resquebrajaron, desprendiendo un polvillo.

—¿Qué crees que hay allí? —le pregunté a Huacari, bastante extrañado.

—No lo sé —me contestó.

Estaba decidido a averiguarlo. Pero necesitaba unas buenas antorchas para iluminar la cueva. Con Huacari buscamos unos palos, los cubrimos con unos trapos que tenía en mi morral y los encendimos. Pero esto fue lo más difícil. Después de mucho trabajo, y cuando ya casi me había dado por vencido, por fin logramos sacar chispas de dos piedras y encendimos las antorchas.

Entonces entramos, pero caminábamos algo temblorosos. Con las antorchas espantábamos a las arañas a medida que avanzábamos por el pasadizo. Llegamos a una amplia cámara, en la que se interrumpía la excavación. En el centro de la cámara había un bulto. ¿Qué podía ser? Me acerqué, mientras Huacari permanecía en la entrada con la antorcha en alto.

—¡Dios mío! —exclamé asombrado—. Es un muerto. Creo que estamos en una tumba.

—¡Qué raro! —dijo Huacari—. ¿Por qué lo habrán enterrado aquí? Pero no te acerques —agregó—. No se debe molestar a los muertos.

Con mucho cuidado, me dispuse a investigar la tumba. El esqueleto se encontraba encucillado con la cabeza apoyada en sus rodillas y varias cuerdas de viejo aspecto lo sujetaban. A su alrededor había diversas vasijas de barro y pequeñas armas.

Al acercar la antorcha a su cara lancé un grito.

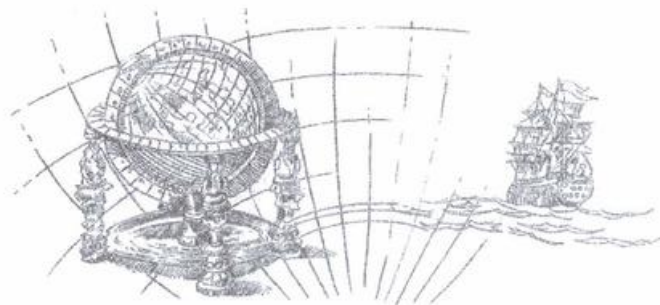
—¡Qué horror! —exclamé.

Era una calavera terrorífica. Estaba como echada hacia atrás con la boca abierta. Parecía lanzar un grito de angustia. Sus manos, con uñas muy largas, agarraban lo que habían sido sus mejillas. Con el corazón palpitante, me alejé del cadáver.

—¡Vámonos de aquí! —dije a Huacari.

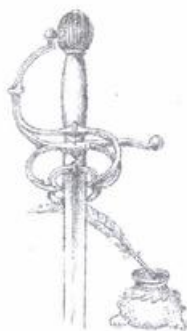
Una vez fuera, mientras regresábamos a casa, Huacari me dijo que el muerto debía ser un soldado inca, pues había sido enterrado con sus armas. Nuevamente comentó que le parecía muy extraño el lugar donde se encontraba esa tumba, pues generalmente su pueblo enterraba a sus muertos bajo el saliente de una roca o en pequeños nichos de piedra.

Durante las noches siguientes me costó mucho dormir. La expresión angustiada de la calavera permanecía viva en mi memoria.



## Capítulo XI

### ENCUENTRO INESPERADO



Los trabajos en la encomienda avanzaban, pero quizás algo más lentamente de lo que deseábamos. La verdad es que siempre estábamos pensando en la llegada de mi madre, a pesar de que sabíamos que podía transcurrir mucho tiempo antes de tenerla con nosotros. ¿Le habrían llegado ya las noticias que le enviá-

viamos con don Juan Garay? ¿Cuánto tardaría ella en prepararse y disponer todo para emprender el viaje? Ojalá pudiera hacerlo muy rápido y venirse, pero estábamos tan lejos...

Mientras tanto seguíamos trabajando con ahínco. El suelo era duro y bastante pedregoso, lo que dificultaba las faenas y desgastaba terriblemente las herramientas. Habíamos ido sustituyéndolas por las herramientas que fabricaban los indios, que eran excelentes, pero necesitábamos reponer algunas que ya estaban tan deterioradas que no tenían arreglo posible.

Por eso mi padre decidió enviarme a Cuzco para comprar nuevas herramientas y aprovechar de abastecernos de algunos víveres. También debía tratar de averiguar

noticias de España y preguntar si habría regresado don Juan Garay, quien quizás podría contarnos algo de mi madre.

Huacari volvió a ser mi compañero de viaje y, por supuesto, llevamos a Bartolo.

Al día siguiente de nuestra llegada a Cuzco, me dirigí a la plaza con el propósito de conocer las noticias procedentes de España entre los viajeros que acostumbraban juntarse en ese lugar, y comprar las herramientas y las provisiones.

Mientras encargaba las provisiones, observé a unos niños que gritaban alegremente. Me acerqué y vi que habían organizado una guerra divididos en dos bandos. Las armas eran frutos podridos que sacaban de un rincón destinado a las basuras.

—¿Quieres jugar? —dijo uno, al verme—. En mi grupo falta un guerrero.

—¡Claro que sí! —contesté entusiasmado ante la perspectiva de participar en tan "feroz" combate.

Me uní rápidamente al grupo y comencé a lanzar las asquerosas frutas, que al reventarse, dejaban al enemigo inundo e impregnado de un olor repugnante. Bartolo participaba activamente con sus carreras, saltos y ladridos.

De pronto sentí una masa pastosa resbalar por mi pelo. No supe de qué fruta se trataba, pero sí estoy seguro de que estaba muy podrida. Con furia, tomé una pequeña calabaza para darle su merecido al responsable de aquel ataque. Pero al lanzarle el fruto, el culpable le hizo el quite y la calabaza fue a dar contra un hombre que pasaba por allí, completamente ajeno a nuestro juego. Se acercó a nosotros echando chispas de furor. Al verlo, todos mis compañeros de batalla se dispararon fuera de la plaza.

—¡Qué se han imaginado, críos maleducados! —exclamó, enfadadísimo, el hombre.

Me quedé paralizado... A pesar de su furia, lo reconocí de inmediato: era el capitán Álvarez. Él había sido mi jefe en la travesía desde Sevilla al Nuevo Mundo. En un momento se me vino a la memoria el duro viaje y recordé a Pelayo, mi gran amigo. Juntos habíamos vivido grandes aventuras, pero en el puerto Nombre de Dios nos separamos para tomar rutas muy diferentes. Mientras él continuó formando parte de la tripulación del capitán, yo proseguí viaje por tierra hasta Ciudad de Panamá, en búsqueda de mi padre.

Permanecí en silencio mirándolo. Después de un momento, medio muerto de vergüenza, le dije con timidez:

—¡Capitán!

—¿Alonso? —preguntó el hombre, mirándome fijamente.

—¡Sí, capitán, soy Alonso...! ¡Perdóneme...! —exclamé sin saber qué más decir.

—¡Vaya jueguito! —dijo el capitán, algo más calmado, y tras una pausa agregó—: Si no fuera porque me alegra inmensamente encontrarte, te habrías llevado una buena paliza.

—¡Lo siento mucho, capitán! Espero que me perdone... Pero, cuénteme: ¿qué hace usted aquí? ¿No estaba navegando rumbo a España? —Y sin poder contenerme, seguí preguntando lo que más quería saber—: ¿Y Pelayo? ¿Está con usted?

—Han sucedido muchas cosas desde que nos separamos. En primer lugar, perdí "La Esperanza", mi barco, en una gran tormenta frente a la isla La Española.

—¿Y su tripulación? ¿Y Pelayo? —le pregunté impresionado con la noticia, y un tanto asustado por la suerte de mi amigo.

—Todos bien, gracias a Dios. Todos se salvaron, pero la mayoría tuvo que buscar otro barco. Sólo Pelayo está conmigo.

—¿Pelayo está con usted, aquí, ahora...?

—Sí, está aquí, en Cuzco. Lo mandé con unos recados y acordamos juntarnos a mediodía en la posada en que nos alojamos.

Lleno de alegría por la gran noticia, comencé a saltar como un niño. ¡Era maravilloso e increíble pensar que pronto vería a mi gran amigo!

—Pero, hijo —me interrumpió el capitán—, hálame de ti. Dime, ¿encontraste por fin a tu padre?

—Sí, me encontré con él en Panamá, justo cuando iba a embarcarse hacia Perú.

Y más tranquilo al ver que se le había pasado el enojo, le relaté todo lo ocurrido desde que dejé su nave "La Esperanza".

Mientras conversábamos, nos dirigimos a una fuente, donde ambos nos lavamos. Como el capitán tenía algunos asuntos que atender y yo debía cumplir los encargos de mi padre, nos separamos, no sin antes acordar que nos reuniríamos en su posada.

A la hora convenida, fui a encontrarme con mis amigos. El capitán estaba solo.

—Capitán, ¿ha llegado Pelayo? —le pregunté ansioso.

—No. Pero ten paciencia. Debe de estar por volver.

¿Paciencia? Era lo único que se me había agotado. Llevaba toda la mañana aguardando este momento y tenía que seguir esperando. ¿Dónde se habría metido?

Fastidiado, di unas vueltas por las callejuelas cercanas, acompañado de Bartolo que saltaba sin cesar a mi alrededor. Volví a la posada y el capitán me invitó a comer con él, ya que Pelayo tardaba. Pero en ese momento escuché un grito:

—¡Alonso!

Me volví rápidamente y allí estaba con su cara pecaosa y el pelo colorín. Era mi amigo Pelayo. No alcancé a decir nada porque él continuó con sus exclamaciones:

—¡Alonso! ¿Eres tú? No puedo creerlo. Pero, ¿qué haces tú aquí? —y acercándose, me dio un gran abrazo que respondí con fuerza.

Pasada la primera sorpresa y emoción del encuentro, nos sentamos a la mesa y hablamos sin parar. Eran tantas las aventuras que ambos habíamos vivido desde que nos separáramos...

El capitán me contó que, tras el hundimiento de "La Esperanza", había debido cambiar radicalmente sus planes. Ya no viajarían de vuelta a España, sino que explorarían las desconocidas aguas del Pacífico.

En lugar de dormir en la posada, invité a Pelayo a mi casa. El capitán estuvo de acuerdo y le dio la tarde libre. Empezamos entonces por salir a recorrer la ciudad.

—¿Y este perro? ¿Es tuyo? —dijo Pelayo, al ver que Bartolo nos seguía.

—Sí, es mío. Me lo regaló mi padre —le contesté y, dirigiéndome al perro le ordené—: ¡Bartolo, saluda a Pelayo!

—¿Bartolo?

—Sí. Le puse ese nombre en tu honor.

El animal, entusiasmado, se tiró encima de él haciéndolo caer. Le lamió la cara como muestra de amistad.

—¡Sácamelo de encima! —gritó Pelayo, mientras reía y lo acariciaba.

Íbamos llegando a la plaza, cuando sentimos un tremendo alboroto. Vimos a un hombre que corría velozmente en dirección a nosotros. Un grupo de personas iba tras él, gritando furiosamente.

Al pasar junto a nosotros, Pelayo, sin pensarlo dos veces, estiró un pie y lo hizo caer estrepitosamente. Una afilada navaja saltó de las manos del hombre. Pelayo se sentó sobre él, inmovilizándolo, mientras yo recogía la navaja y Bartolo gruñía. Creo que lo que más atemorizó al hombre fueron esos gruñidos de mi perro. En todo caso, no se atrevió a ofrecer resistencia.

Los perseguidores llegaron junto a nosotros y nos explicaron que se trataba de un ladrón al que habían descubierto robando. Se lo llevaron y nosotros seguimos nuestro camino, sintiéndonos orgullosos de nuestra proeza. "¡Qué grandes aventuras se presentan cuando estamos juntos con Pelayo!", pensé.



## Capítulo XII

### EN LA GOBERNACIÓN



Cuando conté a Pelayo el encargo que me había hecho mi padre respecto a averiguar noticias de Juan Garay y de España, para saber algo de mi madre, de inmediato quiso acompañarme.

Lo primero que hicimos fue dirigirnos a la casa del gobernador a ver si habría alguna noticia de Juan Garay. Yo no lo conocía ni sabía dónde vivía, de manera que si ya había regresado de la Península, allí me podrían informar.

En el edificio de la Gobernación, una sólida construcción de piedra, reinaba una gran actividad. Nos acercamos a muchos funcionarios para pedir informaciones, pero, al parecer, todos se encontraban demasiado ocupados para atendernos. Preguntamos en vano si había llegado Juan Garay de España, y como nadie nos dio una respuesta, decidimos recorrer el edificio primero y después volver a intentar que alguien nos respondiera.

Comenzamos a recorrer los pasillos. En algunas salas había personas trabajando, pero nadie nos hacía caso. Una de las puertas que abrimos encerraba un depósito de

armas y armaduras, que se encontraban cuidadosamente ordenadas.

—Mira, Alonso —exclamó Pelayo—. ¿No te parecen fabulosas? Nunca había visto armaduras tan nuevas y brillantes.

—¡Entremos! —propuse entusiasmado. Tenía una gran curiosidad.

Y entramos, cerrando la puerta detrás nuestro. En un principio, sólo nos atrevimos a mirar las armas y armaduras, y a tocarlas tímidamente.

—¿No te parece que sería divertidísimo que nos probáramos estas armaduras? —propuso Pelayo con mirada traviesa—. Toda mi vida he querido sentir cómo es llevar una de ellas.

—¡Qué puede tener de malo, si después las dejamos tal y como están! —dije, intentando convencerme a mí mismo.

El decirlo y el hacerlo fue todo uno. Tomamos con mucho cuidado la armadura más pequeña que encontramos y ayudé a Pelayo a ponérsela. No fue nada fácil, ya que las piezas eran muy pesadas.

—¿Esto será un brazo o una pierna? —pregunté a Pelayo, mostrándole una parte de la armadura.

—Creo que es una de las partes que van sobre la pierna —contestó, intentando ponérsela.

Tardé bastante tiempo en ayudarlo a colocarse la armadura. Lo último fue el yelmo, que quedó instalado sobre la cabeza de Pelayo. Le quedaba tan grande que apenas se le veían los ojos y un mechón de pelo colorín.

—¡Ahora me toca a mí! —le dije impaciente.

—Espera un poco. Antes quiero caminar para ver cómo es —contestó con una voz que hacía eco bajo la armadura.

Intentó dar un paso, pero era tal el peso del atuendo que tropezó y cayó sobre el suelo de piedra. El ruido resonó por toda la habitación e hizo retumbar las paredes.

—¿Estás bien? —le pregunté, riendo a carcajadas, pues su aspecto era tan ridículo, que hasta el propio Pelayo se habría reído de sí mismo si hubiera podido contemplarse.

—Sí, no me pasó nada —me contestó con una voz lejana—. Pero no te rías. No vaya a ser que tanto ruido atraiga a alguien.

Mientras intentaba quitarle la pesada armadura para que se pusiera de pie, se abrió la puerta de la habitación e ingresaron dos hombres provistos de arcabuzes, con los que nos apuntaron.

Ambos quedamos como paralizados. ¡Jamás antes me habían apuntado con un arma de fuego!

—¿Qué hacen aquí? —dijo con voz furiosa el hombre que había entrado primero y se hallaba más cerca de Pelayo.

—¡Son un par de niños! —exclamó otro, al vernos. Y dirigiéndose a Pelayo, continuó—: ¡Quítate esa armadura, ladronzuelo!

—¡No somos ladrones! —grité, indignado, al oír esa palabra—. Sólo nos estábamos probando las armaduras. Como nadie nos atendía —continué—, pensamos en recorrer este edificio para conocerlo... Eso es todo lo que hemos hecho...

Sin escucharnos, el hombre que había hablado primero dijo:

—¡Llamemos al alguacil para que se los lleve!

—Pero, señor, si no hemos hecho nada malo —suplicó Pelayo, que recién se había liberado de su prisión.

Ambos hombres hablaron en secreto.

—Por esta vez los dejaremos ir —dijo uno de ellos, con rostro severo—. Pero no se atrevan a seguir metiendo la nariz donde no tienen nada que hacer dos muchachos como ustedes. A ver, veamos, ¿qué es lo que necesitan?

—Sólo queremos saber si don Juan Garay, que se fue hace un tiempo a España, habrá regresado, porque quizás él trae noticias de mi madre —me apresuré a contestar.

—Bien, salgan de aquí y diríjense hacia la puerta de entrada. En la sala que se encuentra justo a la derecha de la puerta, podrán responder tu pregunta. Y ahora, les repito, ¡que no vuelva a encontrarlos por aquí, porque entonces sí que lo pasarán mal!

Al oír estas palabras, suspiramos aliviados y salimos rápidamente hacia la sala que nos habían indicado.

Por suerte ya no había mucha gente y nos acercamos a una mesa ante la cual se encontraba un funcionario leyendo unos documentos.

—¿Podría decirnos si don Juan Garay se encuentra en Cuzco? —pregunté.

Entonces se escuchó una voz desde la puerta:

—¿Quién pregunta por Juan Garay?

Nos dimos vuelta. Un hombre alto, de aspecto juvenil, avanzaba sonriendo hacia nosotros.

—Yo soy Juan Garay. ¿Qué desean?

—Señor, soy Alonso, hijo de Francisco Almendralejo...

No me dejó continuar.

—¿Dónde está tu padre? Traigo muy buenas noticias para él. Dentro de poco tu madre estará con ustedes.

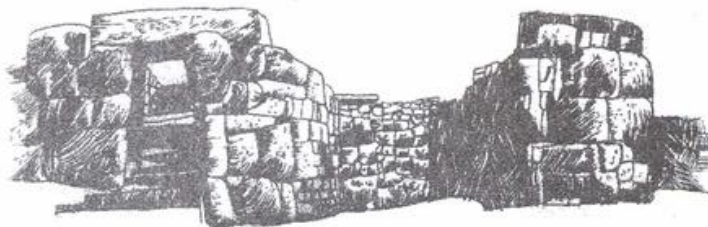
Yo no podía creer lo que estaba oyendo.

—Mi padre está en la encomienda. Pero dígame, don Juan, ¿cuándo vendrá? ¿Usted la vio? ¿Cómo estaba? ¡Dígame, por favor!

—Tranquilo, tranquilo... Primero, no pude verla, pero sé que está muy bien y está preparada para venirse a América. Todo lo he sabido por el cura don Anastasio, quien la ha ayudado a disponer sus cosas para viajar. Ya debe haber salido de España y creo que en unos dos o tres meses más la tendrán aquí.

—¡Gracias!, ¡gracias! —exclamé, sin saber qué más decir.

—No tienes que darme las gracias. Dile a tu padre que venga en un mes más a Cuzco, para que viaje conmigo a Callao. Yo también debo ir a esperar a unos parientes.



### Capítulo XIII

#### LA DECISIÓN DEL CAPITÁN



Al día siguiente, invadido por sentimientos contradictorios, me dirigí con Pelayo al encuentro del capitán. Mi felicidad no tenía límites al saber que mi madre pronto estaría con nosotros. Pero a la vez sentía una gran tristeza pues nuevamente me separaría de Pelayo.

En la posada nos esperaba el capitán Álvarez, con rostro muy preocupado.

—Pelayo —dijo—, las cosas se han complicado. El negocio aquí ha fracasado. He de irme inmediatamente a Ciudad de Panamá, donde al parecer hay posibilidades de encontrar un nuevo barco.

Miró a su alrededor, haciendo un gesto, por el cual notamos que le costaba trabajo hablarnos. Tomó a Pelayo del hombro y seriamente continuó:

—Tú tendrás que quedarte, pues me es imposible pagarte los gastos. ¡Con todo lo que ha pasado no me queda ni un maravedí! Voy a intentar conseguirte un trabajo para que puedas vivir hasta que regrese con el barco.



¡Aquello era un milagro! ¡No tendríamos que separarnos! Por un tiempo mi amigo podría trabajar en la encomienda de mi padre.

—No se preocupe, capitán —exclamé—. Pelayo puede venir conmigo. Mi padre estará muy contento de tenerlo allá. Además, pronto llegará mi madre y sé que le gustará encontrarse con mi amigo.

—¿Tú crees que eso es posible? —preguntó el capitán Álvarez, notoriamente aliviado—. Para mí sería una gran tranquilidad que Pelayo quede en tu casa, contigo y con tus padres. Y estoy seguro de que él sabrá responder, pues lo conozco. Sí —agregó—, esa sería la mejor solución.

Ahora le tocaba el turno a Pelayo de sentirse feliz al quedarse con nosotros, y triste al separarse del capitán. Había aprendido mucho de él durante los meses que estuvo bajo sus órdenes.

Nos reunimos de inmediato con Huacari para emprender el camino hacia la encomienda y llegar antes del anochecer. No quería esperar ni un minuto más sin llevarle las buenas noticias a mi padre.

—Alonso... —me dijo Pelayo, dubitativo, en medio del camino—, hay algo que no sé bien. ¿Hacia dónde vamos? Realmente no sé... ¿Qué es una encomienda?

—Es la forma más común de distribuir la tierra aquí, entre los españoles —le expliqué.

—¿Quién la reparte?

—El gobernador, en nombre del rey —le contesté muy orgulloso, pensando que mi padre debía ser importante, porque gracias a su actuación Pizarro le había dado una encomienda—. Y al que le dan tierras, le encomiendan indios para que las trabajen —agregué.

—¿Y cuántos indios tiene tu padre en la encomienda?

—Unos cien. Y te aseguro que se hacen pocos para el trabajo que hay. ¡Me muero de ganas de ver los últimos avances!

—Alonso, pero hay algo que no entiendo: tú dices que le encomiendan indios. ¿Los indios son esclavos de tu padre?

—Claro que no. Además de trabajar en la encomienda, tienen sus propias tierras.

Nuestra conversación se vio interrumpida por Bartolo, que, aburrido porque nadie se preocupaba de él, comenzó a mordernos los tobillos invitándonos a jugar. Corrimos tras él, mientras Huacari nos advertía que no nos alejáramos del sendero. Agotados de tanta carrera, nos sentamos un rato a descansar.

Durante el resto del día caminamos entre las montañas. Pelayo iba muy impresionado por las enormes alturas y caudalosos ríos que atravesamos. Todo lo preguntaba y muchas veces era Huacari el que respondía, porque yo no sabía contestarle.

Guiados por Huacari tomamos un atajo que acertaba bastante camino, aunque era algo peligroso. Pero como no habíamos salido al alba de Cuzco, teníamos que apresurarnos si no queríamos llegar completamente a oscuras a la encomienda. Tuvimos que atravesar un puente colgante que unía dos laderas de una profunda garganta. Mirar hacia abajo provocaba verdadero vértigo. Yo ya había cruzado uno de estos puentes con Maita, por lo que avancé con cuidado, y esperé a mi amigo al otro lado. Pelayo, tras permanecer un momento inmóvil, comenzó a caminar lentamente por las endeble cuerdas, que se movían sin cesar a medida que avanzaba.

—Ten cuidado, muchacho —advirtió Huacari—. Camina por el centro y sujétate bien a las cuerdas.

—¡Sí, ten cuidado! —grité yo desde el otro extremo—. ¡Es fácil desequilibrarse...!

Cuando llegó junto a mí, se tendió en el suelo. Estaba sudando y su cara se veía muy pálida. Comprendí entonces que a pesar de no decir nada, realmente se había asustado. ¡Qué valiente era!

—¡Vaya puente! —exclamó—. Espero no tener que cruzarlo nunca más.

Huacari, junto a Bartolo, se reunió rápidamente con nosotros y continuamos nuestro camino.

Había anochecido cuando llegamos a la encomienda, y casi no podía ver el campo. Pero a pesar de los pocos días que había estado ausente, pude advertir que la casa estaba casi terminada. ¡Cuánto había trabajado mi padre! Fue emocionante entrar en ella. ¡Ahora sí, cuando llegara mi madre sería verdaderamente nuestro hogar!

—¡Padre, he llegado! —grité apenas atravesé el umbral de la puerta.

Mi padre salió a mi encuentro y me abrazó con cariño.

—¡Alonso, qué bueno que estés de vuelta! ¿Traes alguna noticia?

—Sí —le contesté—. Una gran noticia. Mi madre ya viene de viaje.

Y le conté rápidamente todo lo que me había dicho don Juan Garay. Mientras hablaba pude ver cómo su rostro se iluminaba.

—El próximo mes me reuniré con don Juan y viajaré a la costa para esperarla —me dijo emocionado—. Casi no puedo creerlo.

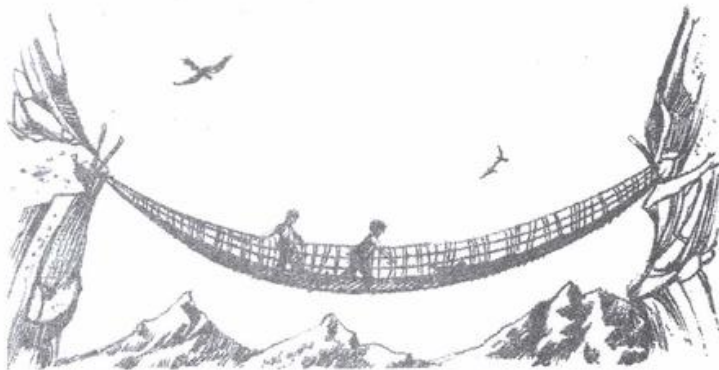
Se quedó en silencio y sólo entonces advirtió la presencia de Pelayo. Mientras hablábamos de mi madre, yo tampoco había recordado la presencia de mi amigo.

—Y este jovencito, ¿de dónde ha salido? ¡Vaya, vaya! Parece que continúan los milagros. Veo aquí a un niño pecoso y colorín... —y agregó sonriente—: Aunque por las noticias que yo tenía, no deberías estar aquí, ¿no serás por casualidad el "famoso" Pelayo?

—Sí, señor —dijo él, asombrado—. ¿Cómo adivinó?

—Mi hijo me ha hablado mucho de ti. Pero no me explico cómo has llegado hasta aquí. ¿No estabas navegando por el Atlántico?

Mientras cenábamos charlamos amablemente con mi padre. Pelayo le contó su historia y los problemas del capitán Álvarez. A mi vez, le relaté mi encuentro con el capitán y el asunto de la calabaza.



#### Capítulo XIV

#### LA LLEGADA DE DON GREGORIO



Durante los días siguientes nos dedicamos a trabajar afanosamente en las labores del campo y a preparar la casa. La noticia de la pronta llegada de mi madre hizo que todo se acelerara aún más para que estuviese listo en el momento de su arribo. Durante ese tiempo mi padre me enseñó a manejar las tierras y a los hombres. ¡Cuánta responsabilidad recaería sobre mis hombros, mientras mi padre viajaba al Callao!

Una mañana, mi padre nos tenía una gran sorpresa. Había mandado traer de Cuzco tres hermosos caballos. Cuando los vi llegar, mi excitación fue grande. Corrí hacia ellos para acariciarlos.

—¡Son preciosos! —comenté a mi padre.

—Pensé que nos serían muy útiles para las faenas del campo. Y además, podrás cabalgar con Pelayo, cuando no se ocupen en el trabajo.

Mientras tanto, varios indios se habían acercado curiosos a observar los caballos desde cierta distancia. Por sus rostros adiviné que muchos de ellos veían por primera vez a uno de estos animales. Mi padre nos contó que

cuando los españoles llegaron a América y los indios los vieron montados a caballo, creyeron que hombre y animal eran una sola cosa.

Nosotros, aunque sí los conocíamos, nunca los habíamos montado. Sólo cuando partí de mi casa en Torremocha, y al llegar al Callao, monté sobre un burro. Por eso, al principio, nos costó bastante aprender a montarlos y a dirigirlos. Pero mi padre nos enseñó a ensillarlos, a colocarles las riendas y a montar. También tuvimos que aprender a dirigirlos en las labores de labranza.

Después de algunas caídas y tropiezos, ¡qué libres nos sentimos al poder galopar por el campo!

Una mañana vimos aparecer por el camino a un hombre muy delgado. Cuando estuvo cerca de nosotros, vimos que vestía una sotana. Era un misionero que llegaba hasta nuestras tierras. Su presencia me hizo recordar al sacerdote de mi pueblo en España, quien tanto me había insistido que nuestro deber en estas tierras era evangelizar a los indios.

—¡Buenos días, padre! —lo saludé cuando estuvo cerca.

—¡Buenos días, hijo mío! —dijo amablemente—. ¿Sabes tú a quién pertenecen estas tierras?

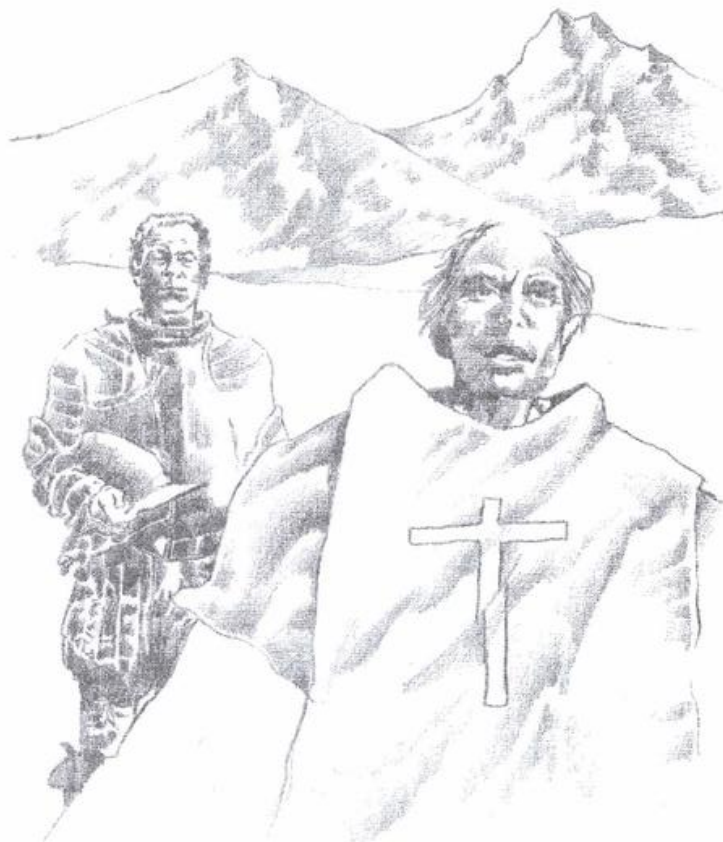
—A mi padre. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Claro que sí. Mi orden religiosa, los Mercedarios, me ha enviado a estos lugares para organizar misiones y enseñar a los indios —explicó el sacerdote.

—¡Qué buena noticia! —le dije entusiasmado.

Lo invité a entrar a la casa y se lo presenté a mi padre. Ambos se entendieron muy bien desde el principio. Apenas el religioso le hubo explicado sus intenciones, mi padre estuvo dispuesto a ayudarlo y juntos planificaron las misiones, y buscaron el lugar más apropiado para levantar una pequeña iglesia y una casa para él.

Don Gregorio, que así se llamaba el misionero, nos pidió que le ayudáramos en su tarea. Y aceptamos de



inmediato. Además, nosotros también teníamos mucho que aprender y don Gregorio se ofrecía a enseñarnos.

Una mañana, cuando tomábamos desayuno, mi padre le dijo al cura:

—Don Gregorio, debo partir a buscar a mi mujer, que debe estar por desembarcar en el Callao. Le quiero pedir un gran favor...

—No digas nada, ya sé lo que deseas, y no te preocupes, hijo mío. Estaré aquí y cuidaré a estos dos jóvenes. Además ellos son una gran ayuda para mi labor. Y también velaré para que los trabajos continúen.

Mi padre se fue y nos quedamos trabajando los campos y ayudando a don Gregorio. Y él, a su vez, nos ayudaba y nos guiaba a nosotros.



## Capítulo XV

### PELIGRO

Una tarde salimos con Pelayo a recorrer el campo montados a caballo. Ahora que dominábamos a estos animales, nos parecía maravilloso galopar y sentir el viento en la cara. Llegábamos a un pequeño riachuelo, cuando Bartolo, que nos acompañaba en nuestro paseo, se detuvo y comenzó a ladrar. Nos acercamos curiosos. Bartolo gemía echado junto a una persona, que, inmóvil, yacía a orillas del agua.

—¿Estará muerto? —preguntó Pelayo, nervioso.

—No lo sé. Pero qué extraña la actitud de Bartolo... Acerquémonos.

Desmontamos algo temerosos, pero a mí me inspiraba confianza ver a mi perro. Nos acercamos. Algo en la figura me resultó familiar.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Es Maita! Y Bartolo lo ha reconocido.

Me acerqué rápidamente. Maita se movió y dejó escapar un quejido.

—¡Maita! —exclamé, y acercándome, le pregunté—: ¿Qué te ha pasado?

El entreabrió los ojos, y al reconocermé sonrió y volvió a cerrarlos.

—¿Qué podemos hacer? Está muy mal herido —le dije nervioso a Pelayo.

—¿Él es tu amigo inca, verdad? Cálmate. Lo llevaremos a casa.

Entre los dos, juntamos unos palos y ramas con las que construimos una camilla. En ella tendimos a Maita, que permanecía inconsciente. Luego atamos la camilla a la montura de mi caballo y comenzamos a andar lentamente.

El camino se nos hizo eterno y respiramos aliviados cuando al fin divisamos la casa. Entregué las riendas a Pelayo y corrí en busca del sacerdote.

—Don Gregorio, don Gregorio —grité angustiado.

—¿Qué pasa, Alonso? ¿Qué ocurre? —preguntó el cura, que había salido apresurado al oír mis gritos.

—¡Mi amigo se está muriendo!

—¿Pelayo?

—No, Maita.

—No entiendo nada. ¿Quién es Maita?

—Es mi amigo inca. Venga, después le explicaré.

Corrimos hacia donde estaba el herido, y con la ayuda del sacerdote, lo llevamos a la casa y lo acostamos en una cama.

Al quitarle la ropa, vimos que todo su cuerpo estaba cubierto de heridas.

—A este niño lo ha atacado un animal salvaje —dijo don Gregorio, y dirigiéndose a mí, ordenó—: Trae el ungüento que está en el arcón de mi habitación. Debemos curar estas heridas rápidamente para que no se produzca una infección.

Mientras el sacerdote curaba a Maita, éste se estremecía de dolor, a pesar de que aún no despertaba. De sólo ver cómo sufría, yo me estremecí.

—¿Se va a morir? —pregunté.

—No lo sé, hijo. Roguemos a Dios que sus heridas sanen —dijo el cura.

Maita permaneció inconsciente durante dos días. Con Pelayo y don Gregorio nos turnábamos para cuidarlo.

Lo que más nos preocupaba era que no fuera a producirse gangrena. Pero los cuidados de don Gregorio —y nuestras oraciones, decía él— fueron realmente efectivos, y tres días después, Maita despertó. En ese momento se encontraba sólo con Pelayo. Lo miró con miedo y comenzó a hablar en su lengua. Mi amigo español se puso tan nervioso, que a pesar de que algo de quechua había aprendido, no comprendió nada y salió corriendo en nuestra búsqueda.

—¡Ha despertado!

Al oírlo, nos dirigimos rápidamente a la habitación.

Maita se había levantado y miraba desconcertado.

Al verme, su rostro se tranquilizó. Pero se desmayó nuevamente, aunque alcanzó a decir mi nombre. Lo pusimos de inmediato otra vez en la cama y don Gregorio nos explicó que su desmayo se debía sólo al esfuerzo que había hecho al levantarse bruscamente, pero que pronto estaría bien.

Y así fue. Al día siguiente, Maita estaba mucho mejor.

—Alonso, están en peligro —me dijo apenas pudo hablar.

—Maita, ¿qué dices? —contesté.

—Te vine a avisar que el inca de Vilcabamba, Manco Inca, está preparando una gran rebelión contra vosotros —explicó y, tras una pausa para respirar, pues se veía que le costaba hablar, continuó—: Por lo que averigüé, la rebelión está programada en Cuzco, es decir lejos de aquí, pero igual quise advertirles.

Miré al cura con desconcierto. Pelayo, adivinando mis pensamientos, le preguntó:

—¿Qué haremos, don Gregorio?

—Lo primero, avisar a las autoridades.

—¡No! —gritó Maita, con energía—. ¡Es mi pueblo! Yo vine a avisarte, Alonso, porque te debo mucho y eres mi amigo. Tienen que estar precavidos.

Tras un silencio, Maita se dirigió al sacerdote y le dijo:

—No me van a traicionar, ¿verdad? —preguntó inquieto. Y acto seguido agregó—: ¿Cuántos días llevo aquí?

—Hace cuatro días te encontramos. Pero tranquilízate, nadie te va a traicionar. Además, te estamos muy agradecidos y eres un gran amigo —le dije.

—¿Cuatro días? Pues, la rebelión está fijada para hoy —exclamó abatido.

—¡Hoy! —gritamos los tres al unísono.

Inmediatamente me asaltó una angustiante preocupación: mi padre y mi madre probablemente se encontraban en medio de la guerra.

—¡Mis padres! —dije apesadumbrado.

Don Gregorio me puso la mano cariñosamente sobre mi hombro.

—Debemos esperar lo mejor y rezaremos por ellos. Ahora debemos preocuparnos por nuestra propia seguridad —dijo don Gregorio, tomando el mando de inmediato.

—No debemos avisar a los indios encomendados por el peligro de que se unan a la rebelión.

—Pero ¿cómo?, ellos son nuestros amigos —exclamó Pelayo.

—En situaciones como ésta, recuerda que ellos pertenecen antes a su pueblo y nunca se sabe. Nos organizaremos en forma disimulada para protegernos en la casa y juntar víveres.

—¿Y qué haremos con Isabel y Juana, que nos están ayudando con las tareas de la casa? —dije.

—A ellas las dejaremos aquí —me respondió, y dirigiéndose a mi amigo, continuó—: Pelayo, ve al granero y

disimuladamente trae carne seca, harina, algunas frutas, vino y agua para poder vivir varios días sin salir de la casa. Alonso, tú recoge todas las armas de la casa y las herramientas cortantes de labranza. Para no levantar sospechas di que tenemos que repararlas.

Ambos salimos raudos y nerviosos a desempeñar nuestras tareas ante aquella inesperada situación.

Durante varios días vivimos expectantes, miedosos de que en cualquier minuto se sublevaran los indios. A veces, salíamos de la casa a dar vueltas cortas por los alrededores, aparentando normalidad. Así pudimos comprobar que los indios se encontraban como siempre, desempeñando sus tareas, un poco extrañados de nuestra actitud.

En todo momento, mi mayor preocupación era la suerte de mis padres. No podía dejar de pensar en ellos y en si estarían vivos o muertos.

Paulatinamente, las cosas volvieron a la normalidad y nos dimos cuenta de que, de momento, la rebelión no llegaría hasta nuestras tierras.



## Capítulo XVI

### LA TORMENTA



Con el tiempo, Maita se fue recuperando y nosotros nos dedicamos de lleno a las tareas de labranza.

Una noche estalló una gran tormenta. Truenos y relámpagos rompieron el silencio de la oscuridad, mientras la casa retumbaba y se estremecía.

Pelayo, Maita, el cura y yo, nos agrupamos en torno a la chimenea e intentamos mostrarnos despreocupados, pero no lo conseguimos.

¡No era una tormenta común! Los enormes rayos iluminaban en sus furiosas apariciones la habitación en que nos encontrábamos. Entonces, nuestros rostros se desfiguraban y parecíamos espectros.

De pronto, un ruido ensordecedor... y por las rendijas de la puerta se introdujo el viento, que apagó las velas e hizo oscilar el fuego de la chimenea. Justo entonces un enorme rayo cayó sobre un árbol que estaba cerca de la casa, dejándolo convertido en un instante en una enorme brasa ardiente.

No podía estar tranquilo pensando en el peligro de incendio en que nos encontrábamos.



—¡Voy a salir! —dije con voz enérgica para que nadie me lo impidiera.

—¡Es una locura! ¿Qué puedes solucionar en medio de esta tormenta? —dijo el cura.

—Debo hacerlo.

Pelayo se puso en pie, y dijo:

—Yo te acompañaré.

—Yo también voy —dijo Maita.

—Tú no —ordenó el sacerdote—. Aún no te has repuesto.

Cuando salimos, vimos que se acercaba un indio corriendo en dirección hacia nuestra casa.

—¡Señor, hay un puma rondando el corral de las ovejas!

—¡Oh, Dios! Lo único que faltaba, en medio de esta tormenta... —dije a Pelayo alterado.

—Voy a ir a buscar un arcabuz —me contestó resuelto, olvidando los rayos y truenos que nos rodeaban.

Bien armados, nos dirigimos al corral. Las ovejas se encontraban muy alteradas. De pronto, un rayo iluminó la noche y vimos en un costado al puma arrastrando una oveja muerta.

Muy asustado, grité a Pelayo, para que me escuchara sobre el ruido de la lluvia torrencial y el viento:

—¡No vayas a fallar! ¡El puma herido será aún más peligroso!

El arcabuz era tan grande y pesado, que tuve que ayudar a Pelayo, sujetando su largo cañón y tapando la mecha para que no se mojara. El tiro apenas se sintió por el ruido de la tormenta, pero inmediatamente nos dimos cuenta de que ni siquiera había rozado al animal. Al sentirse atacado, reaccionó con furia, volviéndose hacia nosotros.

Pelayo y yo palidecimos de terror pensando en que no nos libraríamos de su ataque. En ese instante, el indio

que nos había avisado de la presencia del puma se tiró sobre él y le clavó un enorme cuchillo en el estómago. El animal emitió unos desgarradores gruñidos y cayó muerto.

Corrimos hacia el hombre que nos había salvado, y tras cerciorarnos de que se encontraba bien, nos dirigimos con él a la casa.

Allí se hallaban numerosos indios con sus familias. Aterrados por la fuerte tormenta, habían buscado un refugio más seguro.

Don Gregorio y Maita se impresionaron mucho cuando les contamos nuestra inesperada aventura. De pronto, Maita preguntó:

—¿Qué pasó con el árbol que se estaba quemando?

—¡Se me había olvidado! —exclamó Pelayo al tiempo que se dirigía a la puerta—. Voy a ver qué pasó con él.

Y regresó de inmediato anunciando que gracias a la lluvia se había apagado y que estaba totalmente carbonizado.

Al amanecer, cuando la tormenta amainó, la gente, ya tranquila, volvió a sus casas. Pero el paisaje aquella mañana era desolador. Muchos árboles habían caído en medio de la furia de la tormenta. Algunos de ellos habían destruido los techos de las viviendas de los indios.

En el corral encontramos un espectáculo siniestro. Siete ovejas yacían desgarradas por la acción del terrible puma.

El campo estaba totalmente inundado, cubierto de lodo y piedras que habían rodado desde los cerros.

¡Pero el sol brillaba aquella mañana y no podíamos dejarnos arrastrar por el pesimismo!

—Debemos comenzar de inmediato a poner en orden este desastre —exclamó Pelayo, que nunca se dejaba vencer por las dificultades.

—Es verdad, mi padre no puede ver esto así.

Con la ayuda de don Gregorio, que asumió la organización de las labores, en pocos días logramos arreglar

parte de la calamidad. Dividimos a los indios en cuadrillas, y cada uno de nosotros tomó el mando de una de ellas. Unos arreglaron las viviendas, otros las tierras y los otros despejamos los terrenos de los árboles y rocas caídos. La colaboración de Maita fue muy importante, ya que, junto con Huacari, nos ayudó a entendernos mejor con los nativos.

El optimismo de don Gregorio contagió a todo el mundo, haciendo el trabajo más llevadero. Mientras se realizaban las labores, él dirigía cantos, que poco a poco los trabajadores fueron aprendiendo. También se esforzaba en subirme el ánimo, ya que notaba mi preocupación por la suerte de mis padres.



## Capítulo XVII

### POR FIN EN FAMILIA



Al cabo de doce días, llegó el momento que tanto esperaba. Un atardecer, cuando sentados frente a la casa reposábamos del trabajo de la jornada, vimos aparecer una carreta por el camino. Su paso era muy lento ya que era arrastrada por dos mulas y el camino aún estaba bastante fangoso. Apenas la vi, salí corriendo. ¿Serían mis padres por fin?

En la medida en que me acercaba, los fui reconociendo.

—¡Madre, padre...! —grité.

La carreta se detuvo. Mi madre descendió y me abrió los brazos.

—¡Hijo mío! —dijo entre sollozos.

Mi padre se unió a nosotros, y los tres nos dirigimos felices hacia nuestro hogar.

Don Gregorio, Pelayo y Maita salieron a nuestro encuentro.

—Estábamos muy preocupados —dijo el sacerdote a mi padre—. ¡Qué bueno tenerlos por aquí!

—Yo también estaba preocupado por ustedes. Han sido días agitados a causa del intento de insurrección.

—¿Y qué ha pasado en Cuzco? —pregunté, y mirando a Maita, añadí—: Nosotros estábamos advertidos porque Maita vino a avisarnos. Fue atacado por un animal salvaje y casi se muere por venir a ayudarnos. ¡Qué susto pasamos!

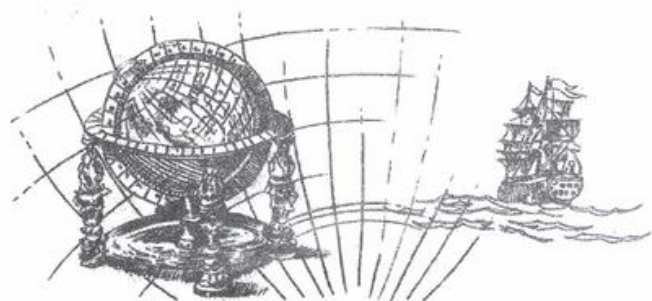
—Me alegro de verte, Maita, y de que te encuentres bien. Nuevamente tengo que agradecerte. Eres muy valiente y un gran amigo —dijo mi padre. Recordando la pregunta que le habíamos hecho, continuó—: El levantamiento fue sofocado por el gobernador Vaca de Castro, quien tiene, a pesar del estado de enemistad, contacto con Manco Inca.

Cogiendo la mano de mi madre, agregó:

—Pero no sigamos conversando aquí. Vamos a la casa. Tu madre debe conocerla.

A medida que nos acercábamos, observé cómo mi padre miraba preocupado el estado de los campos, los que, a pesar de nuestros esfuerzos, aún se encontraban en un estado deplorable.

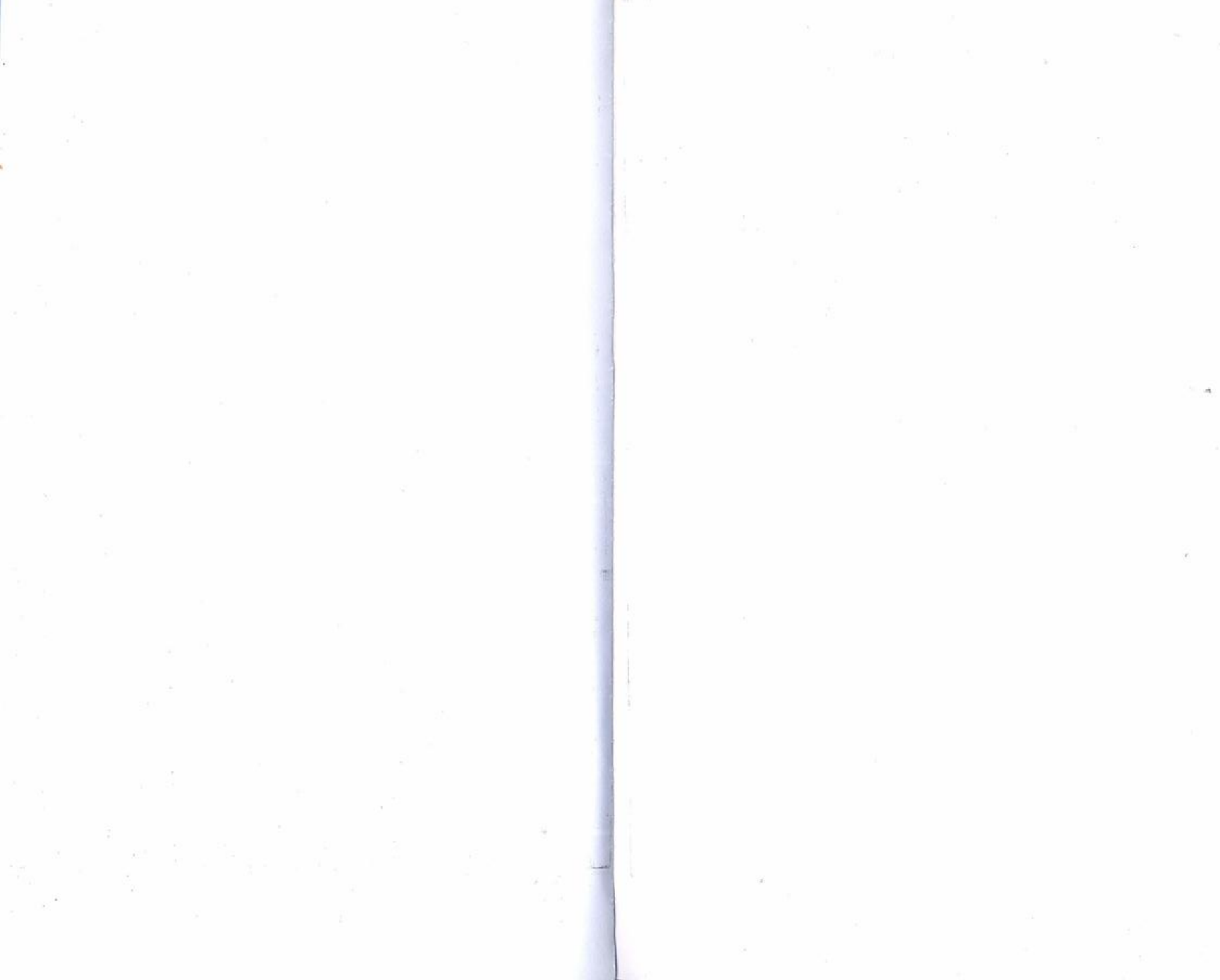
Pero ya habría tiempo para arreglarlo todo. En ese momento, nada importaba: éramos completamente felices, nos encontrábamos todos juntos, en familia, y ya no nos separaríamos.



## ÍNDICE

I.	Rumbo a Perú .....	5
II.	La caravana .....	11
III.	Cuzco y la encomienda de mi padre .....	19
IV.	La historia de Maita .....	25
V.	La huida .....	33
VI.	Perdidos en medio de las montañas .....	39
VII.	Hacia el pueblo de Maita .....	45
VIII.	Prisioneros en Chavín .....	51
IX.	El triunfo del curaca .....	55
X.	Nuevamente en la encomienda .....	63
XI.	Encuentro inesperado .....	67
XII.	En la gobernación .....	73
XIII.	La decisión del capitán .....	79
XIV.	La llegada de don Gregorio .....	85
XV.	Peligro .....	89
XVI.	La tormenta .....	95
XVII.	Por fin en familia .....	99

<i>Comentemos las aventuras de Alonso en el país de los incas</i> .....	101
---	-----



+ 9 años



El valiente **Alonso** sigue en América, ahora descubriendo el maravilloso territorio de **Perú**. Junto a **Maita**, su nuevo amigo **inca**, se esforzarán por recuperar el **bastón del curaca**, objeto que ha sido robado al padre de Maita y que es fundamental para devolverle su poder.

En esta nueva aventura, la **familia** será primordial para que **Alonso y Maita** cumplan sus propósitos.



160954

ISBN: 978-956-349-861-5



9 789563 498615



FAMILIA



AVENTURA



AMISTAD